Seix Barral

Jaime Arracó Montoliu

Una persona perfecta

Seix Barral Biblioteca Breve

Jaime Arracó Montoliu

Una persona perfecta

PARA BOSCO,
porque lo amo

Lo que de verdad nos moldea, nos condiciona y nos conforma es una persona a quien muy pocos tenemos el valor de afrontar; me refiero al niño que fuimos mucho antes de que la educación oficial nos echara la zarpa: ese niño impaciente y exigente que necesita amor y poder, que nunca tiene bastante de ninguna de las dos cosas y que no deja de patalear y berrear en nuestro espíritu, hasta que por fin nos cierra los ojos y todos los necios dicen: «¡Qué expresión tan apacible tiene!». Son esos niños reprimidos y ansiosos quienes hacen todas las guerras, todos los horrores, todo el arte, toda la belleza y todos los descubrimientos en la vida, porque quieren alcanzar lo que quedaba fuera de su alcance antes de cumplir los cinco años.

Robertson Davies,
Ángeles rebeldes.

ÍNDICE

1

2

3

4

5

Día 1

Día 2

Día 3

Día 4

6

7

8

9

10

Día 26

11

12

13

14

15

16

Día 35 (o 48 o 93)

17

18

19

20

21

1

Tengo la mente clara para explicar lo que me pasa. Sé que estoy esperando una respuesta de los médicos, un diagnóstico. Mi padre ya lo sabe, por eso lo miro. Por eso estoy aquí, para eso he venido. Pero él mantiene el silencio, así deja claro quién manda, se adueña del tiempo, en general, del mío y del de todos, hace suyo lo más preciado que existe. Las enfermedades mentales aportan lucidez al discurso del paciente, las pastillas se la arrebatan, pienso sin quitarle la vista de encima. Aunque esa lucidez será sobre la enfermedad, no sobre la realidad. Si me preguntan si estoy asustado diré que no. Si me preguntan si tengo miedo diré que no. Principalmente porque asocio el miedo con la muerte y ahora no tengo tiempo para pensar en la muerte. En la muerte se piensa cuando la vida lo permite. Aquí miento, lo único que hago es pensar en la muerte, en mi muerte. Vamos a ver, dicen que eres esquizofrénico, contesta finalmente este señor que tengo delante, mi padre. Como tantas otras personas, sigue. Yo no creo en los psicólogos, ni mucho menos en los psiquiatras, pero habrá que probar si sus métodos funcionan contigo, ¿no te parece?, termina. Mentira, no te creo. No me creo que me lo digas así. Esquizofrénico es loco, es estar pirado, le contesto a mi padre. Yo tampoco lo creo, no eres tan peculiar como para estar loco. ¿Cómo quieres que te lo diga?, dice él. Sus ojos, a veces claros, dejan ver sus mentiras. Dejan ver todos sus engaños, sus incoherencias, sus desequilibrios, su prepotencia, sus prejuicios y su miedo. Pero también se le oscurecen disimulando la evidencia, como ahora, cuando añaden: No eres un hombre, nunca serás un hombre. Yo qué sé, con un abrazo o como se digan estas cosas. A vosotros todo os parece normal. ¿Y sería estar esquizofrénico o ser esquizofrénico? Las cosas se dicen así, Saturnino, te vendría bien aprenderlo, la realidad no es poética. Y vocaliza cuando hables, ¿quieres? No serías. Eres, han dicho. Eso suena jodido, le digo. Es menos de lo que parece, dice él. Yo no te veo tan mal,

dice mirándome. Yo no me siento tan mal. Ahora entra tú y habla con la doctora. Sabes que me parece una imbécil, el otro día me preguntó si me acostaba con muchas chicas. ¿Qué quiere saber con eso? Mi padre está por encima de mis preocupaciones y por eso me dice: Nos han dicho que es la mejor, a mí no me cuentes tu vida. Claro, ¿qué van a decir? El mundo está lleno de mejores en todo. Y de gente que aplaude cuando la llaman tonta. Bueno, voy. A mis padres les incomodan los sentimientos, no hablan de esas cosas.

Es septiembre en Madrid, es septiembre en todos lados, pero yo estoy en Madrid y aquí están pasándome las cosas. Me han dicho que soy esquizofrénico y que eso conlleva limitaciones extra. El consultorio es bonito, tiene plantas interiores con las hojas abrillantadas y muebles de roble macizo, impecable todo. El suelo de nogal. Es el último piso de un edificio de principios del siglo XX. Se llega en un ascensor de rejas metálicas con un tipo que lo manipula, un ascensorista. Hay dos despachos, el de ella y el de él, además de la sala de espera en la que estoy. Ella sólo administra la medicación y controla a ojo en qué condiciones está cada paciente, él hace terapia. Ella no me gusta, él me cae bien, sin que hayamos hablado. Me toca empezar con ella. Voy en bermudas porque hace calor, llevo una camisa *beige* remangada y alpargatas gastadas. Debería saber qué estudiar en la universidad. Soy uno del montón, ni útil ni especial, hijo pero no nieto, o sí, pero no ejerzo porque no me quedan abuelos. Soy carne de cañón. Mi padre lo sabe, está abochornado, casi humillado, le perezco ridículo, me lo ha dicho muchas veces. Tengo visiones y oigo voces en otros idiomas. No los reconozco. Los idiomas, digo. Sé que son varios, sé que alguien los habla en sus casas y en las calles. Los primeros días me asusté, mucho, no me quiero hacer el valiente, aluciné un poco, pero se ha ido pasando gracias a las pastillas. Por la ciudad está paseando mucha gente ahora, gente que se resiste a reconocer que el verano ha terminado. Yo me resisto a pensar que estoy enfermo.

Me llamo Saturnino Freixa Santcliment. Siempre he pensado que mi nombre me ha pedido una vida extravagante, oxigenada por el dinero y ávida de reconocimiento. Me he creído un gran heredero, un jugador de rugby francés, un torero malagueño, un esquiador austriaco. Me he creído el principito de mi propio reino, un reino ambulante incapaz de echar raíces. Ambulante en

mi cabeza. No sé si he vivido una mentira o una vida real. También he pensado que me hubiera ido mejor con un Nacho García o un Antonio Rodríguez o un fantástico Pedro López. Oficinista, padre, maleable, sin disputas interiores, la mirada apagada pero segura de sí misma llevando a los niños al colegio. El teléfono atado al cinturón. Reciclador de enseñanzas. El que se pone un compilado de los mejores goles de la Premier League en el puente aéreo los martes por la mañana. El mismo que mira hipnotizado a su mujer cuando le dice con la mano: Ven; y con la boca dice: No te escabullas; y con la mente, con el poder de la mente le dice: Haz frente al sueño universal de ser padre. Y él la mira, vestido como un idiota, ve a su mujer con el niño en brazos y lo único que puede pensar es en que su vida no volverá a ser la misma por ceder ante sus padres y sus suegros y sus abuelas y su mujer. Un don nadie que yo nunca podré ser. Lo cierto es que perdí el rumbo antes, incluso, de ser adicto a las drogas. Lo cierto es que no he tenido rumbo y ser esquizofrénico tampoco me va a ayudar.

2

Todo empezó en junio. En no sé qué Hills. Viaje para dos con Samuel. Una semana en la costa. Dieciocho años yo, y veintiuno él. Salimos de la casa de su madre en el norte de la ciudad. Cogimos prestada una furgoneta plateada que la gente consideraría de lujo. Quizá no en ese barrio que parece el balcón esquinero de la capital con vistas a la montaña. Él no era un chico típico de allí, sino que era uno de los chicos problemáticos del barrio. Allí predominaban los niñitos que viven con un pie en la primera vivienda y otro en la de fin de semana. Su madre era una conocida y notable abogada del mundo de la farándula, cuyos clientes eran actores, presentadores, modelos muy en boga en la época. Era una mujer elegante: pelo largo ondulado, metro ochenta, muy modosa y con la voz esponjada, pero una profesional sin escrúpulos. No puedo decir que Samuel fuera un perdonavidas en toda regla, era un poco más sofisticado que eso, de colegio de pago y buena educación en casa. El chico malo que en realidad es gentil y muy bromista. «¿Quién te escribía a ti versos, dime, niña, quién era? ¿Quién te mandaba flores por primaveeera? Cada nueve de noviembre, como siempre sin tarjeta, sí, te mandaba yo un ramiviíto de e violetas». Manzanita a todo trapo en la camioneta. De Samuel no ayudaba su afición por la cocaína. Una droga que me hacía verlo más respetable, adulto y resuelto de lo que era. Recogimos a una pareja de autoestopistas, jóvenes, rubias y extranjeras, al final de las dos horas y media que pasamos en la autovía. Para ellas no fue un problema compartir nuestra bebida y las drogas de Samuel en el saloncito posterior, nos entendíamos hablando un idioma de guía turística. Samuel se comunicó tan bien que una ocupó mi puesto de copiloto y le hizo una mamada. Así de simple. La otra se me lanzó a la boca poco antes de dejarlas en la playa, pero no corrí con la misma suerte de mi amigo al volante. Se fueron sonrientes después de hacerse sendas coletas a la velocidad de un rayo.

Como diciendo aquí no ha pasado nada. Y recuerdo que me quedé avergonzado, pensando en que eso era todo lo que ponía de mi parte para conocer a las personas. Unos viven, ven y aprecian el planeta abriendo bien los ojos, otros lo hacemos cerrándolos.

Yo le sacaba cuatro dedos, pero él insistía en que medíamos lo mismo, poco por encima del metro ochenta. A Samuel le costaba reconocer que contaba con diez kilos más de masa muscular, que en ese momento eran más masa que músculo. No se lo decía, pero estaba gordito tirando a gordo. Aspiraba a tener el físico de Brad Pitt en la última de sus películas. Llevaba los dos bíceps llenos de tatuajes tribales. Cuando apagamos el vehículo en el garaje de la ya mencionada casa en no sé qué Hills, el motor no daba más. Vamos a empezar el *rally* de Grecia, agárrate fuerte, bujarrón, me había dicho Samuel invadiendo el carril contrario en las curvas que daban a esos acantilados tan mediterráneos, bajo unos pinares calcinados a primera hora del verano. De qué manera y cuándo esas olas de broma pudieron meterse en la tierra y trabajar la piedra hasta tan arriba, no podía explicarlo. ¿Has visto cómo tira? Y da más, ¿eh? ¿Le piso más? Yo no había estado en Grecia, ni él tampoco, pero allí nos sentíamos poniendo en juego nuestras vidas. Nos dimos un baño en la piscina, una ducha mirando el mar desde la colina. Palmeras y bananeros, que al mínimo contacto con el viento se ponían a susurrar, sonaban a trigo arrastrado. Un montón de palacetes, el mar al fondo. Un mar que sólo olimos porque no recuerdo que pisáramos la arena. Pudo haber sido una semana muy distinta, aunque ya da igual, como da igual que algún día sea bueno porque siempre recordaré que fui malo. A Samuel le gustaba la noche y amanecer sin dormir: bares, *pubs*, discotecas, puticlubes, *afterhours*, cualquier barra con bebida, luces oscuras y tentaciones. Justo ahí, de pie en una barra y con los codos apoyados frente a un camarero y una pared atestada de botellas era cuando parecía más bajito que yo. Guiado por su cuerpo a prueba de bombas, dos horas después de llegar, me llevó al pueblo, y en un bar oscuro, muy oscuro, bebimos una cerveza en la barra. Samuel también aspiraba cloretilo de la manga de su camisa verde. No creo que pasaran más de cinco minutos cuando un rumano nos dijo si queríamos. Sábado, sabadete, camisa nueva y un polvete, ¿verdad, Satur? Samuel siempre quería y eso fue todo lo que necesité para que mi

vida cambiara. ¿Lo elegí yo? ¿Elegí la enfermedad? Nadie me ha sabido decir. El físico se cura, la cabeza no. ¿Electrochoques, lobotomías? No se estila. ¿Psicólogos? Están igual que tú, pero tienen las láminas de Rorschach. ¿Espiritualidad? Calma pero no cura. ¿Reclusión y ayuno como en la antigua Roma? Quizá es el momento de darle una segunda oportunidad. ¿Drogas legales? Ese es el camino, el tratamiento que hay que seguir, aunque quiera pensar que el arte es la cura terminante. La recreación individual en el arte, para ser más concreto. Así que me llevé unas cuantas conquistas de verano —sombras, sin cara ni cuerpo en lugares en los que sé que estuve, pero que no puedo recordar— y una enfermedad que vivirá mientras no me muera. No se puede decir que sea un ganador. No lo soy. Hubiera pasado de todos modos, era mi destino. Mi excusa más valiosa es que para lo divertido estoy bien, para el resto estoy mal. Ha hecho mella esta excusa. Lo divertido deja de serlo por culpa de mi engaño. Estoy malito, deprimido, loco, cuidadme mientras yo me aprovecho de todo lo que me ofrecen, del dinero ajeno y de las casas y de los viajes. He decidido ser infeliz porque antes he explotado de felicidad. Pensaba que me atosigaba la ropa cuando estaba nervioso, pero no es así, la verdad es que es mi piel la que irrita mi corazón, y el pelo incorporado a esta me desespera, es mi propia piel la que quebranta mi cabeza. En la vida te mueven dos cosas, ninguna más. La satisfacción y el dinero. Estos dos motivos fundamentales para estimular el alma humana, para accionar la mente en busca de nuevas metas, no están dentro de mí, carezco de ellos. No tengo ninguno de los dos.

Alucinado, la noche antes de volver a Madrid llamé a Rafa desde la playa. Estaba con Samuel, pero llamé a Rafa. Y llamé a alguien más, pero no recuerdo a quién. Era normal que mis amigos hubieran tenido algún problema con las drogas. En mi cabeza todos los tenían, yo era el único que no. Así que cualquiera podía aportar información y tranquilidad. Esa noche en la costa iba a dormir, era temprano, máximo las once de la noche, ese día no me había drogado. No seguí el ritmo de Samuel: su menú eran rayas como comida principal y batidos de proteínas de postre. Y copas, muchas copas de J&B, para poder seguir con las rayas sin que se le salieran los ojos de las órbitas.

Ya estaba yo dormido cuando otra persona se despertó en mi cuerpo, una persona que veía cientos de arañas que le caían a la

cara desde el techo, y se le metían por los ojos, la boca y la nariz. Sus patitas avanzando dentro de él, dentro de mí. Esa persona tenía un aspecto igual al mío y su cara no mostraba miedo. Mi cerebro sí que tenía miedo, ¿dónde estoy?, ¿y este quién es? Las arañas empezaron a desaparecer, me tiré encima de Samuel y no supe explicarle. Fue al día siguiente, en la furgoneta, calladito, haciéndome el cansado, cuando entendí que tenía que conocerme de nuevo, ¿qué podría hacer?, ¿qué no podría hacer a partir de entonces? Deshacer las cosas, eso no podría hacerlo y Samuel ponía una y otra vez la puta *Karma Police* en distintas versiones, me tenía frito, aunque peor era sentir que la tierra me iba engullendo, célula a célula, miembro a miembro, neurona a neurona, y yo no tenía ni idea de qué iría a hacer conmigo. Ni la tierra, ni La Tierra, ni el cielo, ni El Cielo. Esto lo veía con una capa de manchas negras de la consistencia del humo, corcheas sobre un pentagrama difuminado que unos instantes después de fijar la mirada en un punto llegaban y se instalaban en mi córnea. Esto lo veía desde atrás, yo estaba detrás de mí, mirando cómo miraba, cómo mi mano se hurgaba la nariz sangrienta, cómo mis dientes rascaban mis labios, cómo parpadeaba para aliviar el ardor de mis ojos, mientras que, al respirar, mi pecho sonaba como un patito de goma.

3

Hola, cariño. ¿Sabes dónde está el niño?, pregunta el padre. Creo que ha quedado con una chica. No le pregunto mucho, ¿no has visto que casi no habla? Tú deberías intentarlo. Decirle que estamos para lo que necesite. Porque lo estamos, ¿verdad? Claro, mujer, lo estamos, lo estamos. Le voy a comprar algo cuando salga del despacho. ¿Ha vuelto a beber?, se interesa el padre. Esa es tu manera de hablar. Traernos regalos, se detiene la madre en la primera idea, la que a ella le interesa, la que le afecta personalmente. Cariño, no discutamos, por favor, dice el padre. Y la madre accede. Me da miedo decirle algo, responde como una fiera, dice la madre sobre el hijo. El padre dice algo que no se oye al teléfono, pero que la madre parece entender. Ya, pero es que no puedo con sus cambios de humor, la madre sigue hablando con las llaves de casa en las manos, esperando a colgar para salir. No, no sé lo que hace o deja de hacer. Es un niño sensible, ya lo sabemos. Si le compro algo se sentirá mejor. Los videojuegos no le gustan, ¿o sí? Lo que más le gusta es llevarme la contraria, dice la madre. No le gusta nada más que estar en silencio mirando a la gente pasar con esa cara de alma en pena. ¿No crees que hemos fallado? Hay cosas que no dependen de nosotros. Ya espabilará. No es tonto, cariño, dice el padre pensando en otra cosa. Cariño, no se trata de espabilar, tiene que ser autosuficiente. El padre se siente aludido y habla con todos los sentidos puestos en la conversación. Yo me encargaré de que apruebe una carrera y venga a trabajar conmigo. ¿Cómo te encargarás? Hablando con los rectores, supongo. ¿Y cómo vais a trabajar juntos si no os podéis ni ver? Lo que haga falta para que tenga una vida próspera. Yo le enseñaré a ganar dinero. A ver si le entra en la cabeza. ¿O quieres que sea profesor? ¿Bombero? Nada de eso. Un buen economista o un buen abogado. Que se dedique a los negocios. Da igual que venda parabólicas o carne. Pero que sea quien tome las decisiones. Que aprenda que sólo hay un objetivo

válido, tú ya lo sabes, y ese objetivo es hacer dinero, dice ignorando la cuantiosa herencia que se hizo efectiva cuando cumplió la mayoría de edad. Esto lo dice delante de un espejo de cuerpo entero en el que admira su nuevo traje, el que piensa que debe llevar ahora que se acerca a la política y deja atrás los meros negocios. Ese es el traje que le faltaba, de tres piezas y raya diplomática, ocre sobre azul, que seguirá haciendo pensar a Saturnino que tiene un padre clásico. Un padre muy hombre, con el cuerpo perfecto, con los músculos en su lugar, el pelo facial y corporal justo, lo que Saturnino piensa que es un hombre. Y es que el padre cuenta con una armonía física notable. Ver a su padre le hace pensar a Saturnino de manera equivocada, ya que le atribuye condiciones no humanas a los hombres, no se da cuenta de que los vivos son lo más parecido a una rama seca en medio de una autopista. Una autopista llena de ramas secas, eso es la humanidad. Aspiras a mucho, cariño. ¿Te espero a cenar? Pasaré por casa de Iván a tomar una copa de vino. ¿No estaba de viaje? Ha llegado esta mañana. Te llamo más tarde. O mejor, ya nos vemos en casa. Adiós. Adiós.

El padre, que no cambia su aspecto a menudo, sí que cambia su manera de hablar, o sea, su manera de pensar. Pasa por fases muy marcadas, pudiendo ser prudente y paciente o asustadizo y serio. Esto, Saturnino, el niño, no lo ve. Con él, su comportamiento habitual es el mismo, siempre se ha comportado igual. Es un bruto con él, es despiadado. Hace muchos años, Saturnino miró fijamente a su padre después de un regaño, buscaba comprender qué había hecho mal, qué orden no había obedecido. El padre no soportó que lo mirara así, con esa cara circunspecta, y que no contestara como él le había enseñado: Sí, señor. De algún modo sintió que su hijo lo estaba retando. Ese día encontró que considerar desafiante la mirada del niño de cuatro años era la disculpa perfecta para empezar a pegarle. El padre tiene mucho miedo a quedarse sin dinero. Detesta, siempre lo ha hecho, a los advenedizos. A los que hicieron dinero de la noche a la mañana. Las personas son lo que son antes de nacer, son lo que hicieron sus antepasados, piensa seriamente. El mundo, tu mundo, no empieza con el transcurso de tus años, ya estás en manos de otros y eso es lo que siempre serás. No lo dice jamás fuera de casa, pero a su mujer se lo repite en cuanto aparece la ocasión, y al niño, también al niño. En público no lo dice porque sabe perfectamente

que él no es gran cosa, le duele reconocerlo y sólo lo hace para sus adentros, pero sabe muy bien que no es lo que la gente piensa que es, por mucho que jamás se haya ensuciado las manos con grasa, polvo o pintura. Porque el padre no sabe muchas cosas: no ha utilizado el transporte público en su vida, ni en su país ni en cualquier otro, por eso mismo no sabe de qué va el mundo aunque en su cabeza tenga todo claro. Cuando Saturnino era un niño le decía que es de idiotas aprender a hacer cosas de mayor, que antes de los diez años ya debes saber hacer de todo: montar a caballo, conducir un automóvil y una moto, esquiar, escalar, bucear, cazar, jugar al golf, al tenis, navegar, jugar al backgammon, a las damas, al ajedrez y al dominó. Entender cómo vestirte bien y no ser un fantoche. Hablar idiomas, saber viajar, jugar al billar, tener el hábito de leer el periódico, todo desde niño. Si aprendes después, te considera un idiota, pasa lo mismo que con el dinero. Qué patéticos los adultos que aprenden estas cosas con treinta años. ¿Quién eras entonces hasta los treinta?, se pregunta. Al padre no le importa lo que tengas ahora, sino lo que has tenido siempre, durante los dos últimos siglos, aunque hoy lo hayas perdido. ¿De qué se trata el mensaje de superación que escucha el padre todos los días? Sé constante y acepta la vida que te ha tocado, la consideres buena o la consideres mala, en la pobreza o en la riqueza. Por eso le pide a Saturnino que se comporte como un adulto, que no sea llorón, que se esfuerce y que no hable tanto de sus sentimientos. Que tenga algo que aportar ante una contrariedad. Si quieres estar con amigos, tienes muchos lugares para hacerlo, muchos, pero esta casa no es uno de esos lugares. Aquí mando yo y no me sale de las narices que traigas a nadie para que me incordie. El padre empieza a tener miedo, miedo de verdad, miedo a la muerte. De eso no habla, predica con el ejemplo: no deja aflorar los sentimientos. Ha buscado el significado de la muerte, se ha hecho preguntas fundamentales y no lo ha encontrado, se cree muy listo y no sabe que ese es el significado: la búsqueda de respuestas en sí. Por eso gira la cara cuando oye hablar de la muerte y no la menciona ni en chistes ni en anécdotas. Para que se le olvide y para olvidarse de quién es y de las cosas que hace —reflejos de un automatismo incontrolable y estropeado—, decidió que beber no era mala idea, que podía ser una solución a la muerte y a sí mismo.

4

Yo no invitaba a nadie a mi casa, ni siquiera a Rafa. A él le parecía irracional que no pasáramos los días de calor en mi piscina, que en realidad no era mía. Yo le decía que las bombas de agua estaban rotas, o que los azulejos tenían musgo, o que el *skimmer* había reventado, o que el filtro estaba viejo. Cualquier excusa era válida para no decir que mis padres me tenían prohibido saltar al agua y salpicar y hacer ruido. Ellos utilizaban la piscina para broncearse y tomar copas con amigos. También le decía que la piscina municipal era más divertida y que allí podíamos hacer lo que nos viniera en gana. Yo no quería hablar de mis padres ni de mi vida en familia. De eso no se hablaba. Rafa, a los suyos, los llamaba papa y mama, y a sus abuelos, yayos. Su padre venía del sur y su madre, del norte, de la frontera. Allí fue donde se conocieron y concibieron a mi mejor amigo. Al padre se le acabó el trabajo como jefe de obra por una mala fama que no quiso reconocer —se dio a la bebida después de ver desde la ventana de casa cómo le metían un tiro en la cabeza al abuelo paterno de Rafa. Un encapuchado apareció a su espalda, le disparó y con las mismas se subió a un vehículo en marcha y desapareció para siempre—, y un viejo amigo de juventud le propuso bajar al centro. Aquí está todo, no te va a faltar trabajo. Y le empezó a ir muy bien en la capital. Rafa sabía que mi padre era un hombre de negocios, apenas comprendía que mi madre tenía una galería de arte y que era una repostera apreciable. Aceptaba que mi casa era mucho más grande que el apartamento de sus padres. Sabía que cada verano íbamos a una playa nueva de la costa mediterránea y después a la masía. Había visto que mi padre tenía varias motos, una lancha fuera de borda y un pequeño velero de madera, una colección de relojes que valía una fortuna y también que los dos, mi padre y mi madre, estaban en una continua búsqueda de piezas de arte tan sosas como codiciadas. ¿Por qué debía saber más? ¿Qué diferencia iría

a hacer a nuestra relación que mi familia fuera una de esas? Yo no le preguntaba por su abuelo, por las portadas que ocupó su asesinato en los diarios. De mis padres no le decía mucho porque creo que lo habría puesto en un compromiso si me hubiese dado por contarle que ellos me sacaban al jardín de casa con el plato de comida que no quería comer y no me dejaban entrar hasta que hubiera acabado. Lloviera o tronara. Una vez, por el frío y el asco que me dieron las criadillas, las vomité y tuve que comerme lo devuelto. Otro día me dolía tanto la boca después de que el dentista me apretara la ortodoncia que no podía masticar la cena. Mi padre se desesperó —ni se te ocurra, niño, dejar algo en el plato— y me dio un manotazo en la nariz que me hizo sangrar. Con una sombra de barba siempre en el mentón, esos pómulos marcados, daba miedo. La sangre goteó encima del salpicón de marisco. También tuve que terminar ese plato hasta el último tenedor. Por la noche me arranqué los bráquets con mis manos, sentí las raíces de los dientes agarrándose a las encías con todas sus fuerzas, quería hacerme daño para hacerle daño a mis padres. Si me arrancaba un diente era como arrancárselo a mi padre de cuajo. Pensaba que estas cosas pasaban en todas las casas, pero como no estaba del todo seguro, no lo dije. Esas dos noches, mis padres no se comportaron como si hubiera pasado algo distinto, algo grave. Al revés, parecía que me enderezaban. La casa de mis padres tenía la inconfundible evidencia de que nunca se iba a derrumbar, por lo que estar ahí era una seguridad, nunca faltaría nada. Llevarse a matar estaba protegido por el amor, las conversaciones iniciaban con discusiones artificiales. Y todo quedaba en un segundo plano siempre que había comidas: mientras se comiera y bebiera bien, podía aflorar el odio más vil. En mi familia no había porqués, había hechos: dos más dos son cuatro, memorízalo, no lo aprendas, o sea, vívelo, no lo sientas. Pero no me han dado la receta. Así que unas cosas por otras, me lo daban todo y por eso de mí suelen pensar: ese que se joda, no ha sufrido nada.

5

Día 1

Voy a empezar a escribir. A partir de ahora seré escritor. Si me preguntan qué hago, diré que soy escritor. ¿Qué has escrito? Nada, pero soy escritor.

La vida es muy larga para tener éxito una sola vez. La vida es muy larga para no sentir que has tenido éxito al menos una vez. El éxito le da la longevidad a la vida. Punto. El éxito se devora al equilibrio mental. Los exitosos fueron personas corrientes. El éxito no agrega nada a tu verdad. Vale, es cierto esto del éxito. Es mi primer pensamiento desde que soy escritor. Voy a culminarlo con una cita, que eso es muy de escritores: «El éxito y el fracaso no son hechos, sino sensaciones». Es de Fernando Fernán Gómez. Un hombre de éxito. Muy bien, Satur, bravo por ti.

Amo a Beth Orton. Vendería a mi familia por ella. La daría gratis. La mataría. No escribas eso, Saturnino, no está bien. No la conoces, no quieres que piense que te convertirías en un asesino por ella. No quieres matar a nadie, colega. ¿La psiquiatra me dijo que le tenía que enseñar lo que escribo? Supongo que sí. Puedo escribir para mí unas cosas y para ella otras. Pero tengo que esconder esto, mejor que no lo vean mis padres. Escribir es mejor que hablar. Si escribes ya no tienes que hablar. Puedo poner a todo el mundo en su sitio sin meterme en una discusión. Puedo plantarle cara a quien sea, hasta a la vida misma.

¿Qué coño es una bomba de relojería? ¿Por qué dicen que una canción es una bomba de relojería? Ojalá mi madre fuera Joan Baez, eso sí que sería una bomba: Yes, I love you dearly. *Pero si mi madre fuera Joan Baez, ¿la vendería por Beth Orton? Creo que no, porque si fuera Joan Baez dejaría de ser mi familia.*

Día 2

Escribo con una pluma de recarga manual. Se la he robado a mi padre. Está hecha de lava volcánica. He de mancharme las manos deliberadamente. Necesito que se vea que tengo una misión en la vida. Que lo vea el mundo, pero sobre todo que lo vea yo. No soy consciente de lo que pienso, todavía menos de lo que escribo. Pero llevo las manos salpicadas de tinta, las yemas y los nudillos negros, y los interiores de los índices y los corazones. La tinta se tiene que convertir en mis huellas dactilares.

Día 3

El discurso se cocina a fuego lento. El discurso personal, el discurso que delimita tu carne, tu dolor, tu frío, tu quietud, es un plato inacabado. Marca unas fronteras que abres o cierras dependiendo del afán que tengas, de lo que no te deja dormir y de lo que temes encontrarte al despertar. Hoy no hay más. Parece muy pretencioso. Seguro que lo es. Aunque haberlo pensado me dice que quería escribirlo.

Día 4

¿Me voy a curar? Dicen que no. Si corro muy rápido me puedo escapar de mí. Me puedo dejar atrás. ¿Y atrás qué hay? Ya me perdí el baile de debutantes de París, las fiestas salvajes de los socialités *en la meseta, ese barco zarpó y se quedará para siempre en alta mar. Blanca Suelves, Blanca Suelves, Blanca Suelves, ¿te casarás conmigo? ¿Seré tu tercer marido? Jordi Mollà, ¿quieres ser mi amigo? Dime que sí, llévame de la mano a tus lugares favoritos. Nunca pertenecí a ese mundo. La casa a las afueras de la ciudad la compraron unos italianos que se enamoraron del país en un viaje de estudiantes, ¿quién no lo haría después de una semana de orgías durante aquella fiesta? Vieron, entre alucinaciones, dónde construir los columpios para sus hijos y la casa rural subvencionada para alquilar a los turistas.*

No voy a ningún lugar, necesito un cuadro. Necesito arte. El arte. Necesito tenerlo aquí delante, quiero robarlo, nadie lo mira. No se sabe de quién es la pintura, pero ahí está en una de las mayores pinacotecas del mundo. Mi padre me deja en el museo mirando El

vendedor de aves *mientras recorre varias salas aledañas. Soy el único que lo mira, que se para un rato en la Sala 7 —de poca importancia y abierta por tres lados— porque los visitantes se agolpan delante de los cuadros estrella, ellos van a lo que van, y yo a lo mío. Me interesan cuarenta metros cuadrados de los cuarenta mil. El vendedor mira de frente al san Jerónimo de Georges de La Tour. Después de salir y entrar tres veces a, en —¿cómo se escribirá?— cada una de las direcciones que me ofrece la arquitectura interior, me quedo delante de otro san Jerónimo, este de José de Ribera. El san Jerónimo está derrotado y tiene la mano derecha sobre un libro en el que escribe, no en el momento de ser pintado, pero sí antes o después. San Jerónimo me mira y yo lo miro, derrotado también, y deseo tener un bolígrafo y una libreta en las manos. El hecho de poder pintar* El vendedor de aves *me haría mejor persona. No quiero estar en el cuadro, quiero haberlo pintado y haber muerto. La belleza de la realidad, la belleza de la luz, de la supervivencia. Es una pintura por la que agradeces tener un cerebro conectado a la vista, y los ojos sanos, la luz es el mayor regalo de la creación. Es el silencio de la felicidad, aquella que no hay que acompañar con gritos, ruido y carcajadas afónicas de tanto exhibirlas. Es la paz de la soledad. La facilidad de la soledad. Me hace pensar que el engaño es ampliamente superado por la resistencia, por la persistencia de la vida, obstinada en su labor de darnos lo que menos esperamos. Todos recibimos algo sin la garantía de poder dominarlo o de poder llegar a un lugar que hayamos soñado gracias a ese algo. El brillo del vendedor, la pureza del cuadro, me dicen que no tengo que irme a ningún otro lugar. Lo miro y desaparece la indignación, la vocalización, la expresión, porque pasan a ser parte de un espejismo. ¿Adónde voy a ir? ¿Tengo que estar en contacto con la sociedad? Nada de eso, yo soy el vendedor, engañado por todos, aunque en la pintura sólo se vea a un rufián, hay muchos de ellos. Este cuarto día de escritura me está gustando, sé por qué. Porque no siento angustia. No mientras escribo. Ahora, cuando termine y cierre el diario, eso también lo sé, el día me ofrecerá más tiempo del que necesito para angustiarme por cualquier cosa que se me venga a la cabeza. Casi toda la angustia es una: ser así, ser yo. Dormir será un suplicio porque la almohada siempre me susurra que siga atento, que no me despiste, que tendré que despertar en unas horas, que todo se repetirá otra vez. ¿Te has tomado las pastillas? ¿No te habrás tomado más de la cuenta? Quiero apagar mi cerebro, pero no los ojos ni el corazón, que ocupa un lugar que parece*

todo mi cuerpo. Así lo siento. Deseo que se vacíe mi cabeza y que mi inteligencia dé la cara por mí.

La almohada me dice que no me crea lo que no soy. Eres un loco, me dice, un adicto, una mala persona. Las drogas que me gustan me destrozan y las que necesito, no me sirven. Compraré cloroformo. Eso es todo, dormir y despertar, lo que pasa entremedias es lo de menos, es un sueño torturador siempre y cuando no esté en soledad, y es que me sobra la gente, empezando por mí.

6

Después del viaje con Samuel dormía un par de horas por noche, siempre con la luz encendida, porque si se me ocurría apagarla me empezaban a entrar cientos de arañas por los ojos hasta llegar al interior de mi cerebro para interpretar el baile de la muerte. Me tomaba todas las pastillas en contra de mi voluntad. Veía videoclips musicales en la televisión, apuntaba las letras que me gustaban y hacía dibujos en las paredes de casa, dibujos de niño con problemas. Algunos me subían el ánimo. Podía ver la misma película cinco veces al día. *Leyendas de pasión,* desde por la mañana hasta por la noche. Un día entero soñando con ser Tristan. *Forrest Gump,* otro día entero soñando con ser Forrest. Al siguiente, *Good Will Hunting,* queriendo llevar la vida de Will. Entre los tres tenían todos los atributos que cualquier ser humano desearía tener. Quería ser los tres al mismo tiempo, en cada una de las épocas y en cada una de las escenas, apropiándome de cada uno de sus comportamientos. Ese deseo hacía que mi respiración cargara lágrimas que subían hasta la nariz, hasta la frente, pero que mi estómago absorbía de nuevo, porque no tenía a nadie por quien dar mi vida, no podía ser ellos. Sin medicación era mejor que no viese la televisión. Las personas salían del aparato y entraban en casa y hablaban de sus cosas y yo no me enteraba de nada y además no estaba vestido para la ocasión porque no esperaba visitas. No hacían nada raro, pero no me gustaba que estuvieran ahí. Un perro se quedó sentado en el sillón de lectura hasta que me fui a la montaña. El primer día le saqué un cuchillo: ¿Qué pasa contigo, hijoputa? Pero no lo intimidé y metí el cuchillo debajo de la almohada, por si acaso. Era un cuchillo con empuñadura de marfil que mi padre me había regalado en mi comunión. Yo bajaba a afilarlo cuando oía al gitano con su moto. No lo había utilizado nunca. Normalmente levantaba las persianas y miraba los árboles, los altísimos sauces llorones del parque. Debajo de casa había también un largo paseo

con árboles viejos y recios, de esos que anudan sus ramas entre sí. Solía ver a gente paseando a sus bebés en carritos. Era la rambla de los bebés. Siempre ha habido muchos bebés. Es un mundo de bebés que dirige la vida de los adultos que deciden joderse con tal de que la sociedad los vea como personas normales. Siendo padre puedes tener la suerte de encontrarte con Cat Power embarazada en el aeropuerto de Ciudad de Panamá y que, mientras esperas tu vuelo, entable conversación contigo porque cargas un niño en brazos. No sé qué voy a hacer, te dice, porque en Estados Unidos no puedo permitirme dar a luz. Puedes tener la suerte de que te dé su dirección de correo sin que sepas que es Cat Power, y que durante un par de meses os escribáis algunos mensajes simpáticos. También puede pasar que tu hijo, mimado como él solo, se ponga a mear en el parqué para que su amigo del colegio se ría viendo cómo la chacha Maribel limpia el suelo pensando que se ha derramado un vaso de agua. Tu hijo querrá que estés presente cuando se caiga o cuando le dé una rabieta. Llorará encolerizado, pero tendrá que contentarse con los dibujos animados que Maribel encuentre con rapidez en la televisión. Las nuevas madres volverán a plantearse echar una canita al aire —con hombres que antes ni miraban— cuando las criaturas cumplan los seis años. Además tendrán que defender a sus hijos de las otras madres porque les han salido unos niños peleones y gritones, que se llenan la boca y se atragantan para no compartir la comida. Los vecinos no pararán de quejarse por los gritos. Todos los gritos. Y los maridos, desentendidos de la crianza de los pequeños rufianes —dedicarán cinco minutos al día a hacerles caricias—, no le verán el sentido a ser padres. Puede pasar todo lo que imagines, pero nada saldrá como quieres. Por mucho que los críes con mano dura, tus hijos follarán con desconocidos en tu cama, sobre las sábanas que compraste en Oporto, cuando te vayas de vacaciones.

Diez parejas de padres, avenida arriba y avenida abajo. Para aquí y para allá. Un padre iba sin la madre. Era uno de los que pasa por la peluquería cada diez días y que lleva el mismo corte desde los doce años. Un hombre de costumbres. Nunca se ha visto distinto, se conoce a la perfección. No ha probado cambiar sus andares ni su caligrafía. Tiene un prototipo de mujer y todas sus amantes se parecen entre ellas. Mantiene a los amigos de toda la vida y cree en la lealtad. Ha viajado mucho y tiene álbumes de

fotos bien organizados, pero no ha vivido fuera. Llama a su madre todos los días. Se va a mudar cerca de ella para que le ayude con el bebé. No ha corregido sus errores al hablar aunque los reconoce. Tiene mucho miedo a encontrarse sin nada que hacer. Recuerda su primera moto con ternura, era una Ducati de segunda mano, un poco cascada, pero una ganga. Le gustan los viajes románticos, los balnearios, y se está aficionando al microteatro y los cursos de cocina. No lee nada y se siente un poco culpable por eso. Le cae bien a todo el mundo y no se lo ha visto llorar en público. Prefiere relacionarse con mujeres poco inteligentes. Cree que es incorruptible, pero no está del todo limpio. Los fines de semana no se afeita y se pone vaqueros con deportivas que le compra su mujer según varíe la moda. Su mujer le hace limpieza facial y también la manicura. Ha dejado de fumar porque ya es padre y está mal visto, si bien era fumador social. Bebe, pero no se emborracha. No es guapo, aunque si lo conoces a fondo acabará pareciéndotelo. Tiene amigas, pero dice ser fiel. Su gran defecto es que lo que piensen de él le roba el sueño. Cree que puede caerle bien a todo el mundo y es muy celoso de su privacidad.

No me equivoco con mi descripción, lo tengo claro. Si me viera, con el pelo sucio y una barba que no es mía, porque soy un bebé yo también —como el que lleva en el cochecito— me daría un consejo, porque es intuitivo, y es de dar consejos: analiza las ventajas y las mejoras, el neto a final de mes, comenta siempre. Por eso me diría que hiciera caso a las personas que saben, porque también cree en los expertos y en los estudiosos. Cree en los títulos universitarios y en el dinero, son cualidades maravillosas de las personas, dice. Me pediría que escuchara y que me dejara ayudar. Yo no se lo discutiría porque no tendría nada mejor que sus palabras, me dolería que se guardara sus consejos. El papá se fue porque ya hacía mucho calor, y el bebé se estaba asando. Adiós, consejero, tu vida de mierda me vendría de maravilla, la compraría en este momento.

7

Todo indica que sufres esquizofrenia, Saturnino. Me habla con ese tono de los médicos, con una calma estúpida, aquí paz y después gloria, pero que tiene la cadencia de cuerdas vocales que no dejan de vibrar. Jamás. Ni en silencio. La superioridad que te otorgan tropecientos años de estudios. Está más que acostumbrada a recibir chicos como yo en su consulta, y chicas con anorexia —¿bulimia?— y autolesiones y trastornos recién diagnosticados, de nuevo cuño. Madrid es una fábrica de chicos con problemas. Esta ciudad es un problema. Ya me lo ha dicho mi padre, ya lo sabía. ¿De qué manera se sufre?, le pregunto. Vas a tener que adaptarte a una nueva condición. Queríamos descartar la esquizofrenia, pero es lo que tienes. Creo que lo indicado es aumentar la dosis del antipsicótico y volver al Esertia por las mañanas para ver cómo te sientes. Sube y baja la mirada de unos papeles a mi cara. Los levanta y justifica contra la mesa con firmeza. ¿Cómo sabes que tengo esquizofrenia? Es algo pasajero. Estoy bien, son unas pequeñas fantasías. Lo juro. Distingo las cosas. Lo jodido es por la mañanas. No me puedo mover. No es normal tener visiones y escuchar voces, me corta. Y el peso del cuerpo es por la medicación, te tienes que acostumbrar, Saturnino, no creo que debas abandonar todo tan joven. Aprenderás a estar bien en cualquier lugar, me dice haciendo referencia a la última vez que nos vimos y le dije que me iba, que no necesitaba a nadie, adiós a todo el mundo. ¿No quieres estudiar? No sé estudiar, hace años que no estudio, no me concentro. Casi no puedo ni leer un libro. Me quedo en la misma página durante siglos. No me mediques más. Estás enfermo, Saturnino. Enfermo para siempre. Prefiero acostumbrarme a las voces que a lo del cuerpo. Es una crisis. Ya dije que me drogué, no me mediques más. Llevas tres meses así, eso no es una crisis. Estás enfermo, Saturnino. Estás enfermo para siempre, te tiene que quedar claro. Me mira inflexible, sus ojos me dicen: Por tu bien, hazme caso. ¿Qué sabrás tú? No me has

ayudado en nada. Enfermo es el que se muere por la enfermedad, yo no estoy enfermo, estoy bien. No sabes decirme si es mi culpa o si nací con esto. No tienes ni idea. No puedes darme esa respuesta, pero tienes clarísimo que mi cuerpo o mi cabeza, o lo que sea, pide más medicación. La muy lista cambia de tercio, estaría bien que escribieras tus pensamientos, todo lo que se te pase por la cabeza, me dice. Y me engancha, porque yo ya he comenzado a escribir, aunque no sé muy bien qué. ¿Como un diario?, le pregunto. No tiene por qué ser un diario. Sirven todo tipo de ideas y no tienen por qué estar relacionadas entre sí. Lo que necesitamos es que escribas lo que piensas y lo que sientes, lo que te parezca importante recordar. Vale, lo haré, pero estoy bien. Ahora estoy mirando el cielo. Mira el atardecer. ¿No es bonito? ¿Te parece que veo algo irreal? Míralo. Date la vuelta, mira. Saturnino, no te estoy hablando de que no te puedas sentir bien. Estás enfermo y necesitas un tratamiento para que siempre estés como hoy. La semana pasada no llegaste así, ¿te acuerdas? La medicación te está ayudando. Habrá sido un mal día, esa chica con la que salía me dejó porque ya no se lo pasaba bien conmigo. Utilizó la metáfora del medio de transporte para decirme que ella me quedaba grande: Satur, tú vas en bicicleta y yo voy en tren, no podemos hacer este viaje juntos, le cuento sin querer. No me habías hablado de eso. No tiene importancia. Voy a ponerme a escribir. ¿No quieres hablar? No. Bueno, ya tendrás ganas. Mira, ten, estas son las pastillas que tienes que empezar a tomar. Es posible que te dé hambre y que engordes unos kilos. Me entrega tres cajas de distintos tamaños, de distintos colores, de distinta naturaleza. Sería bueno que hicieras ejercicio. Aquí están las dosis y los horarios, toma, Saturnino. Vas a sentirte muy cansado, pero te acostumbrarás. Tienes que esforzarte por estar activo, ¿vale?, Saturnino, es muy importante que hagas cosas. ¿Qué tipo de cosas? Ya sabes, salir con amigos, hacer deporte, pasear. No te quedes en casa todo el día. Y ni se te ocurra tomar bebidas estimulantes. ¿Ni cerveza ni Coca-Cola? Ni alcohol, ni café, ni té, ni Coca-Cola. Nada, bebe zumos e infusiones para dormir. Yo no estoy enfermo, esto es una mierda. Ten paciencia, Saturnino, tienes que estar tranquilo. El tiempo normalizará tu vida y tus limitaciones no se agudizarán siempre. Ya tengo una vida normal. Gasto más agua de la prescindible, pido más de lo que necesito. Discuto con mis padres. Los odio. Dejo que me griten porque

están en su derecho. ¿Tú tienes una vida normal? ¿Follas mucho? ¿Qué tratas de hacer, Saturnino? No vayas por ese camino. Decirte que no necesito más medicación y que no me caes bien. Y no repitas mi nombre en cada frase. No sé qué tengo que hacer, pero sé que tú tampoco lo sabes. Hablar tanto, entrar en una discusión, sentirme atrapado en un mundo libre: todo esto me empieza a provocar un ataque de ansiedad. Si me quedo un minuto más aquí sentado voy a morirme, el calor empieza a ser insoportable, quiero meterme en mi cama, que Dios me dé la mano aunque sea una farsa, que las pastillas me abracen, que mi madre me ame. Ella ve que me estoy acomodando en el asiento, pero lo que hago es todo lo posible por no levantarme e irme. Alzo el culo del sillón, me apoyo en los reposabrazos con las manos mojadas, parece que busco una posición más descansada, pero no hago sino resistir. No le puedo dar la razón, no tiene la razón. Si sintiera cómo bate mi corazón, me internaría. Sé perfectamente lo que tienes que hacer para estar bien, asegura. Eso decís todos. Tengo la mirada fija en la puerta de salida. Y a todos os superan las situaciones, sigo hablando. *Situation*, como dicen en inglés. Porque son más que problemas. Me dices que las cosas llegarán sin saber qué significa eso. Ya estoy de pie, no le digo nada, pero creo que sabe lo que está pasando. Me está leyendo la mente, sabe lo que pienso, sabe cuánto dinero llevo en el bolsillo, sabe que he hecho caca dos veces antes de llegar, sabe todo lo que no le estoy diciendo. Me ha vigilado desde que nací. No sé dónde me encuentro, tengo que salir de aquí. No puedo mirar por la ventana porque me incita a tirarme a la calle. Quiero saltar en el tiempo para ser un anciano que se queda dormido sin darse cuenta. Sat... escúchame, los que estamos contigo en esto sólo queremos ayudar, tus padres, tu familia, yo misma. Te pido paciencia y confianza, este es el princip… Salgo del despacho y sigo caminando por la consulta sin mirar a nadie. Vas a vivir siempre en la oscuridad, no le des más vueltas, me dice mi cabeza. Subo al ascensor, me monto, mejor dicho, entro al ascensor, eso quiero decir. El ascensorista me mira y yo lo miro a él. Sí, claro, por aquí voy a bajar, sí, seguro. Salgo y corro escaleras abajo, el mármol me hace resbalar y me agarro de la abigarrada baranda de madera. Estoy mejor, no hay un vacío, no veo un vacío, no me puedo caer, no puedo morir. Recorro el patio interior y el conserje me abre el portón metálico como quien abre

los chiqueros de una plaza de toros. Finalmente estoy sudando en la calle, me tiemblan las manos, sufro un ataque de pánico en toda regla. No hay gritos de por medio ni dolores en el pecho, no me falta el oxígeno. Se me silencia el mundo y mi cabeza empieza a urdir un trabajo manual en el que va metiendo por separado cada sonido del entorno. Uno detrás de otro. Y cada uno de esos ruidos es como una granada que va a explotar. Por eso voy a morir. Eso es lo que tiene que decirme el ruido. Cuando me muera no quiero molestar a nadie. Quiero que sea tranquilo para todos. Quiero ser un adorno de un paisaje, una pincelada que no hace ninguna diferencia. Delante de mí la gente camina en un mundo anecdótico, superficial, borroso, valientes viandantes en un circuito urbano que no distingue las emociones de los pasos de cebra. Ciudadanos deslumbrados por la aspiración de deslumbrar. Son vidas involuntarias bajo el embrujo de la prevención. Personas que se apropian de costumbres indeterminadas para no desentonar en el cumplimiento de la fanfarrona estructura local. Personas que renombran esas costumbres, haciendo caso omiso a sus orígenes, interesadas nada más que en tener algo que ver con nociones ajenas. Todo esto sin criterio alguno. Quince días de vacaciones por doce meses trabajados deambulan en un sistema que construye temperamentos derivados de la envidia. Alejándose de la idea de que nadie es imprescindible aunque lea textos inspiradores.

Enciendo un cigarro, lo aspiro y no siento el humo, pero lo exhalo, veo cómo sale de mi boca, saboreo mi mal aliento. Llegan mis padres con aire comprensivo. Más les vale. Necesitaba salir, digo antes de que me pregunten. Mi madre me pone una mano en el hombro. Mi padre nos mira esperando a saber qué hacer. Mientras lo descubre, se enciende un cigarro él también. No espero mucho para hacerle saber que me quiero ir. Quiero ir a casa. Quiero llegar a casa. Volver a los brazos de mi madre en mi primer día de vida. Papá resopla, se saca del bolsillo de la camisa las llaves del coche y nos dice que esperemos allí hasta que vuelva del *parking*. Le pide la cartera a mi madre y camina hacia el sur con las manos agarradas detrás de la espalda. Se le ven los gemelos bronceados —la parte depilada por los calcetines— y los brazos y el cuello porque siempre se corta el pelo en verano. ¿Por qué yo y no él? No es culpa de la cocaína, estoy seguro, es la genética, o ni eso, es culpa de que ellos existan, es culpa suya, de

la mierda que mis padres tienen dentro, ellos le dieron a mi cerebro la forma que tiene, es culpa de su sangre, que no me puedo sacar. A mi padre deberían hacerle exámenes, primero abrirle el corazón y mirar de qué está hecho, si es que está hecho de algo. Y luego la cabeza, algo debe tener ahí dentro. Y que vaya él a una clínica a que le digan qué tiene. A mí que me dejen en paz.

Me siento en las escaleras del edificio y mi madre me pregunta si quiero que se siente a mi lado. Sí, por favor. A falta de mi casa o de mí mismo, ahí está mi madre, me tengo que encerrar en ella porque no hay otra posibilidad, sino la que estoy viviendo. No hay nadie más a mi lado.

8

La primera vez que me drogué fue inofensiva. Lo recuerdo a la perfección. Fue en vacaciones de verano en el océano. Mis padres se habían ido al extranjero en una mezcla de viaje de negocios y placer, por lo que no se opusieron a pagarme unas vacaciones en el norte. Me hospedé en un ático, en un pisito en el casco viejo, unos cincuenta metros cuadrados con vistas a La Concha, un verdadero horno que había comprado la madre de Asier, un amigo que como llegó se fue. Lo llenamos de olor a sal y calle en pocas horas. Seguimos un régimen estricto de salidas nocturnas, un mes entero llegando a las ocho de la mañana a dormir. Un mes de lagunas mentales. Íbamos de pinchos al despertar y después a la playa, jugábamos a las cartas, a las palas, nadábamos en paralelo a la costa. Inmortales, éramos invencibles, yo me reía en la cara de la vida y de la muerte, igual de descarado con las dos. Así hablaban mis diecisiete años. Nadie era más libre que yo, y me creía que la vida era eso: un estado de fantasía perpetuo que prescindía de cualquier tipo de conocimiento concreto. Una noche acabé en el castillo de la bahía durmiendo con un belga que usaba tres palabras nuevas cada día, todas extraídas de un diccionario de bolsillo que llevaba en la mochila. Había llegado a la letra ce. Se hacía llamar aizcolari, ahora que estaba en el norte, y a mí me llamaba ameba, los dos sustantivos que más le habían gustado de la primera letra del alfabeto. Apaga la luz para dormir, ameba. Pero la luna permaneció iluminada.

En una de las últimas fiestas del verano se nos hizo de día en casa de un inglés después de haber estado tentando a la suerte en mil bares. Ver amanecer después de una noche sin dormir era una preciosidad, has tenido la noche y empiezas a tener el día, mientras que muchos no tienen ni la una ni el otro. Lo vives todo. El inglés tenía una piscina, así que nos quedamos en calzoncillos nosotros y en bragas y sujetador ellas, cuando el sol templaba la mañana. Mi cerebro en neutro, encendido pero quieto. Un vasco

bebiendo una botella de champán de un trago tumbado en una hamaca mientras un amigo le masajeaba la panza. Y entonces el amargor en la garganta, el tapón en la nariz. Y después la felicidad que trae un nuevo descubrimiento. La cocaína: una coraza a la medida, el oxígeno limpio que agiganta las neuronas, la visión prismática que controla el universo. Una felicidad que no se repitió, no se puede recrear el efecto de una primera raya por mucho que lo intentes. Hasta que no hay consecuencias no hay malas decisiones. Ya en casa repetí porque todos lo hacían. Y lo hacían con una gran destreza en comparación con mi torpeza, lo que me hacía pensar que no me drogaba. Ellos se daban un respiro entre raya y raya, yo quería terminar con la droga lo antes posible, quería comerla a cucharadas. Todo para dentro. Igual que la canasta desde tu propio campo, y el descenso de esquí en *schuss*. ¿No me habían enseñado a comerme todo lo que había en el plato y a beberme el zumo rápido por la mañana? Empezar es sencillo, más que aprender a andar, más que aprender a hablar, más que aprender a escribir y mucho más fácil que pensar. Porque eso es lo bueno, no tienes que pensar. Y de algún modo comienza una nueva manera de pensar.

No iba con mis amigos a la barriada. Yo estaba al margen, entraba y salía del tema como si no fuera uno de ellos. Fui una sola vez con Samuel, y para qué más. Algunos compraban antes de que llegara el fin de semana, el martes, por ejemplo. Querían salir preparados, pero al probar lo comprado, no fuera a ser que tuvieran entre manos mala mercancía, ya en casa, se lo terminaban. Y tenían que ponerse otra vez al volante e ir hasta ese poblado de infraviviendas, con estufas caseras que si estaban encendidas, humeantes, indicaban el punto de venta. Había muertos vivientes por todos lados que tal vez empezaron como yo.

Samuel y sus amigos salían todos los fines de semana, les gustaba pasar un rato en la Casa de Campo, las felaciones baratísimas y si subías la apuesta un poco, follabas en los asientos traseros. Era el vicio por el vicio. Y como había que bajar los efectos de las pastillas —llegaban a comerse de diez a quince—, corrían, bailaban, saltaban. Iban, íbamos a discotecas donde sólo había drogadictos, una parte de la ciudad que desconozco dónde queda hoy. Y de ahí para casa de alguien o a algún tugurio clandestino para alargar noches que eran días. Casas de

desconocidos, conversaciones improbables, antros regentados por negratas. Con ellos pasan las mejores cosas, decía Samuel, se lo montan como nadie. Ganas de sexo, ganas de silencio, ganas de pelea, ganas de vivir sin comprender la vida.

9

El médico de cabecera de la familia nos dijo que me fuera de la ciudad y buscara un lugar tranquilo para acabar el verano. Aquí no están las soluciones, Saturnino. Llevaba dos semanas sin salir de casa, desde la última consulta en pleno centro a la que llegaba sin esperanzas y salía de mala hostia. Están estudiando tu caso, decía mi madre. No he hablado mucho de ella. Y eso es porque he querido quererla más de lo que la quiero. Y me resulta casi imposible. Si mi madre no sabe algo y tú tampoco, el ignorante eres tú. Si no entiende lo que le cuentas, la culpa es tuya. ¿Cómo podía querer a alguien así? La mujer de la negativa como punto de partida. Para resumirlo, ser una persona negativa, como ella, consiste en pensar, sin necesidad de expresarlo, que cualquier situación te ataca, te molesta y te daña. Que trastoca tu cabeza y tu rutina. ¿Y cuál es la rutina? Su rutina es pensar que las cosas están mal, asumir que siendo negativa, entiende mejor esta chapuza de mundo. Su rutina es pensar que ella es la única que entiende algo. Y además de eso, prefiere no solucionar las cosas, le emociona acumular pertenencias tanto como disgustos, dilemas y secretos. Mi madre decidió no aprender más hace diez años, cuéntale lo que quieras que ella no te escuchará. Le encanta hablar de electrodomésticos nuevos y repostería refinada y cosmopolita. Muchas veces he pensado que no quiso ser madre, ni mía ni de nadie. La oía suspirar al pasar por delante de mi habitación cuando yo lloraba, y ella no entraba. La he oído quejarse de cuando yo era un bebé porque impregnaba la casa con mi olor intenso. Después la he oído llorar días enteros, en la ducha, haciendo la compra, sentada en un sillón por horas, en manos del Valium que iba sacando de un pastillero de oro heredado de su abuela, como si el lujo aliviase algo. La he visto morirse por dentro y no decirlo. Es negativa, ella misma se está matando sin saberlo. Yo tengo la respuesta, pero ella no, no tiene la respuesta para esa tristeza. Y ser triste la ha convertido en

inútil. El peor día de su vida está por llegar, todavía puede sentirse peor. Sus apagados ojos grises aún tienen mucho que llorar. Lágrimas que desgastan hasta su piel mientras camina por la calle. Las calles que recorre parecen oscuras, abruptas, duras.

Como todos teníamos algo que hacer con respecto a mi vida, yo empezaba un periodo sin beber, sin portarme mal. Y la mitad de ese tiempo lo pasé encerrado en casa. No puedo explicar muy bien qué hice esas muchas semanas. No las recuerdo. Fueron el invierno y la primavera siguientes a las arañas, a mi iniciación con las pastillas y al descubrimiento de que se puede vivir en una cama por mucho que los ojos cerrados deformen los pensamientos hasta convertirlos en un martirio. Me hundí, esperaba morirme cada segundo. Esperaba que llegara y lo deseaba. Deseaba vivir en un rascacielos para poder tirarme, porque desde el tejado de mi casa no llegaría a matarme. ¿Para qué existen las ventanas si no es para saltar desde ellas? Y no había otra manera de desaparecer, nunca la ha habido, es la única forma de suicidio que pienso para mí.

No era un chico difícil de identificar para quien me viera: no estaba afiliado a ningún grupo político, no iba a la facultad, no era aficionado al fútbol, la iglesia no era mi segunda casa. Era un adicto a ser pusilánime, adicto a mi vida, adicto a imaginarme una vida distinta a la mía. Adicto a odiarme, a quererme demasiado. Nuevo adicto a las pastillas psiquiátricas. Adicto a lo ficticio. No era un aficionado a los rompecabezas, como mi padre, que completó uno de cuarenta mil piezas y casi siete metros de largo. Buscaba compañía para hablar o para estar o para beber, así que lo más interesante que tenía era esta nueva condición médica que podía describir como que yo no era el mismo que había vivido el ayer, ni tampoco el que despertaba al día siguiente, ni mucho menos el que vivía el ahora. Me daba igual si podía o no podía hablar con el resto del mundo, me daba igual qué iba a ser de mí, ya no pensaba en si era el mejor hijo que había parido mi madre, si iba a ser un parto aprovechado. El problema es que yo era una persona que caminaba, separada de otra que respiraba, de otras dos que miraban: una que veía y otra que dibujaba encima de lo que la otra veía. También había otras dos que oían, una la realidad y otra lo que no estaba en la realidad. Eso pasaba, cada sentido lo vivía una persona y cada una de esas personas no sabía hacer lo que estaba haciendo. Y es

que cada acción también la hacía una persona distinta, tragar la comida, uno, y otro que intentaba no vomitar, uno quería estar sentado sin hacer nada, y otro salir por la puerta de casa y atacar a la primera persona que se le cruzara. ¿Y yo a quién tenía que hacer caso? ¿En manos de quién quedaban mis decisiones? Además, el mundo me recibía, nos recibía a todos los Saturninos, en guardia, con las piernas flexionadas, diciendo: ¿Estás seguro de que quieres salir de la cama? Pregúntale al resto, busca consenso, no hay problema. Que hablen todos los Saturninos. Pero lo que hay es lo que ves, lo que sientes. No imagines maravillas. Pensar en ser feliz en estas condiciones me convertía decididamente en una persona loca.

Eso era yo, eso y alguien con una cierta sensibilidad, porque era muy cariñoso. Daba lo que no me daban. Así que en mi vida sólo me había dejado reclutar por fiesteros de raza y por algunos escritores. Julio Verne, Guy de Maupassant, Melville, Stevenson, Henry Miller, Gil de Biedma, don Ramón del Valle-Inclán. Mi vida no era un esperpento. Mi vida no era real, yo vivía en la realidad, por supuesto, como todos, pero mi vida no podía ser considerada real. ¿Deformada? Más bien no vivida, no considerada como vivida. De eso se trataba.

Todos necesitamos referentes para sobrevivir. Y en mi casa no había. Yo no veía nada vivo que sujetara mi cabeza para que no se me cayera al suelo. Mis padres no me leían cuando era niño, me enseñaron a leer para que lo hiciera solo, así que tuvieron su parte de culpa en mi búsqueda de ideas fuera de casa, fuera del mundo real. ¿Dónde más iba a buscar? Pues en la biblioteca familiar de más de cinco mil títulos. En las personas que piensan, que le dedican tiempo a pensar. Los libros en mi casa se compraban como se compra el jabón, con frecuencia, porque vestían las paredes, los libros visten cualquier espacio, decía mi padre. Había colecciones enteras de distintas editoriales, había libros buenos, había libros malos. Cosas bien hechas y cosas mal hechas.

Entonces buscaba en las personas que piensan, las que le habían dedicado tiempo a pensar, por lo menos. De ese modo me di cuenta de que los referentes construyen tus frases, te apoyan cuando no entiendes algo, te dicen la verdad, te explican. Tus referentes dicen si eres un zoquete o no. Y los más zoquetes

resultan ser aquellos que son sus propios referentes. O que siguen a referentes que les obligan a seguir. Tampoco tenía un entrenador emocional y podía acabar en el coche de cualquiera sin saber a dónde iba, en la cama de cualquiera sin saber qué pasaría. En la de cualquier mujer que me sonriera, y en la de algún hombre que me sonriera mucho, más de lo normal, porque yo le ponía buena cara a quien se me cruzase, lo juro, a cualquier persona. Tan sin ideas, tan borracho, tan perdido, tan niño, que no intentaba ser hombre. Con la sensación de que podía extasiarme un poco más, pasar por la vida de algunas personas cada noche, dejarles un sabor de boca inolvidable. Qué gran tipo, qué autenticidad, esa mirada profunda. Saturnino Freixa, ¿verdad? Sí, Freixa Santcliment, no me olvides, piensa en mí cuando cumplas treinta y cinco, sobre todo los domingos tristes y solitarios, mastúrbate con mi imagen y te ayudaré a olvidar los días que no te gusten. Alguien me tenía que querer, aunque fuera sólo mi cuerpo. Necesitaba que me tocaran de pies a cabeza. Y necesitaba decir te quiero para creer que me querían. Es lo más normal del mundo. Pensaba que nadie estaba preocupado por el futuro, pero era sólo yo. La gente buscaba un futuro y yo me buscaba a mí mismo. Hasta el tonto del pueblo lo tenía más claro. El tonto de mi pueblo, que de alguna manera siempre estaba a la vista de todos sin disimulos, tenía una realidad: ni iba ni venía, levitaba entre la iglesia, los bares, su casa y todo el campo que lo rodeaba, incluido el cementerio en el que se escondía a llorar cuando se emborrachaba después de intentar meterle mano a las chicas que veía. Era el único del que se sabía todo. Al que se le pedía ayuda, el amigo del pueblo entero, la mano derecha del párroco. Se puede decir que tenía una identidad, una de verdad, no la presentación que he hecho o las características físicas típicas del tonto: ir repeinado, mal afeitado, tartamudear y caminar con pasos cortos y lentos. Daba igual el dinero que tuvieran tus padres, de hecho nada sabíamos de las vidas de los otros, vivíamos en un decorado nocturno lleno de sonrisas, pupilas dilatadas y sexo. De rutas conocidas hasta cierta hora y de viajes fortuitos que intentaban abrazar la interpretación definitiva del mundo. A veces nos enterábamos de que alguno que te habías cruzado por la noche no estaba dormido en la puerta de la discoteca sino muerto, o que otro le debía no sé cuánto dinero a unos colombianos y había desaparecido, o que el gay del colegio

del Opus había debutado en el mundo de la interpretación.

Mis padres siempre han sido de la idea de que por cosas peores hemos pasado nosotros, así que por ese lado no podía ir.

Cuando no estaba en la ciudad, estaba en el campo. Vivía en el campo, en el piedemonte de la sierra. A fin de cuentas, aunque no lo supiera, no somos otra cosa que naturaleza. Los niños agarramos la arena como si fuera nuestro alimento. Pedimos ríos, flores, hierba, piedras, tierra, pedimos ser animales sin saber hablar. Eso es lo primero que queremos expresarles a nuestros padres.

El primer automóvil de Rafa era pequeño, estaba gastado, blando por dentro y frágil por fuera. Estoy casi seguro de que era de fabricación francesa. Era como el que llevaban todos los principiantes, feo y útil por igual. En el campo montábamos unas hamacas entre los árboles y veíamos la ciudad a la distancia. Las dos torres de vidrio, la polución, la llanura de la zona, esa meseta árida que vista desde un avión te desconsuela. Allí mismo, cuando éramos niños, habíamos construido una casa de madera, cada día que íbamos la mejorábamos, el verdadero placer era construir la casa, ponerle clavos a las tablas que robábamos en las obras, barrer la tierra. Eso nos gustaba más que estar sentados dentro de ella. Abandonamos nuestra casa del campo cuando a Rafa le robaron un sillón orejero que rescató de un contenedor. Defendimos nuestra casa porque todos los niños se la querían apropiar. Cuando pillamos a los cabrones vándalos, nos acercamos a ellos, yo me puse a la cabeza, como siempre, y moví las manos en señal de paz, dando a entender que las intenciones eran legítimas, vamos a hablar, dije, tranquilo todo el mundo, entonces me agaché y Rafa soltó su famoso gancho de derecha. Un puñetazo, sólo uno era suficiente para tum-bar a cualquiera. Como One Stab. Ya no tiene gracia, Satur, tardamos media hora en llegar hasta aquí para encontrarnos con esto. Yo paso de esta chabola, cuando queramos podemos meternos en las obras, hay muchas cerca de mi casa, lo prefiero, Satur, ¿tú no? Sí, odio a los putos gitanos que vienen a robarnos. Y nos fuimos dando patadas al suelo, a las piedras sueltas del camino, como hacen los niños desilusionados.

De niño también me pasaba tardes enteras quemando cerillas, papeles y cartones, desintegrando cosas. Romper cosas no me

gustaba, pero destruirlas sí. Acabar con ellas. Desparecían entre las llamas. Y yo después soplaba la llama o la pisaba. La destrucción es así de sencilla. No quedaba nada. Un día, Rafa y yo empezamos a quemar las pelusas que habían soltado los chopos de un parque porque yo era alérgico a la primavera y cada año convivía con mocos, estornudos, asma y ojos rojos. Se nos fue de las manos. Había demasiadas semillas en el suelo y muchas más que se habían quedado pegadas a los pinos que daban privacidad al jardín de una casita unifamiliar. El fuego empezó a propagarse del suelo a las ramas de los árboles y en cinco minutos habíamos provocado un incendio de grandes proporciones. Escapamos cada uno en una dirección y yo, desde el tejado de mi casa, vi llegar al camión de bomberos. Les costó horrores meterlo hasta el incendio por culpa de las farolas de la calle y después tardaron una barbaridad en apagarlo. Cuando al día siguiente pasamos por delante de la casa, contamos más de veinte árboles quemados además del jardín de la casa, que ya no tenía privacidad. Por nuestra culpa, por mi culpa, por pensar que destruir cosas era hermoso y que el fuego podía curarme mis alergias.

En nuestras idas al campo, a nuestro lugar preferido, Rafa ponía su música y después yo ponía la mía. Yo era muy pesado con el mundo americano. Yo quería ser norteamericano, tener el espíritu de un granjero, el amor por el trabajo, el sentido de la justicia. Ser de un pequeño pueblo, rico una vez, ahora al borde de la desaparición, con inviernos durísimos, con habitantes durísimos. Con veranos asesinos de abuelos deshidratados. Sin supermercado y sin centro comercial. Una meseta llena de candidatos para perpetrar una masacre, nada original pero con mucho folclor, contra un presidente o contra decenas de anónimos. Algunos forajidos. Nueve de cada diez pueblerinos enganchados a la metanfetamina, los de quince años y los de ochenta. Ser de un lugar donde ya no había nada que hacer. Nada que construir, nada que pensar. Pero les quedaba contarlo, hacernos saber con su música que son capaces de crear un mundo y vivir en él aunque ya hubiera uno listo para ser vivido. Las historias, si no se cuentan, se van. La invasión del hombre bien marcada en la naturaleza. Habitantes enfrentados entre sí. La naturaleza en contra de ellos. Y Dios en desacuerdo con todos y con sus bendiciones gratuitas. Pero mientras hubiera música había vida. Me daba igual que los pueblos fueran iguales en todos

lados. Que se inventaran cosas para parecer ciudades. En los pueblos se hace lo que en las ciudades es ilegal. Por eso los de pueblo dicen que las ciudades no funcionan, porque aprendieron a vivir sin normas. Me gustaba pensar que la vida era el regreso a la soledad, la soledad de esa cantante *country* a la que escuchaban cincuenta personas de su condado cada jueves por la noche y que hacía muebles que incluían cráneos y esqueletos de ganado, productos con un claro componente texano, nacido en la profundidad de Estados Unidos. La vida no era el camino, sino la soledad en sí misma. Yo proyectaba mi destino hacia ella, hacia sus pómulos, su boca, sus ojos, sus pies, sus piernas, su cadera y su voz: una tiritera sobrecogedora con mucho de alma, alma en cantidad. Lo que a mí me faltaba. Yo quise ser estadounidense desde siempre, hijo de un pastor cristiano amante de las judías dulces al estilo Boston. Ojalá pueda serlo algún día. Volver a ponerme camisetas de algodón con marcas locales en el pecho: licorerías, ferreterías, estaciones de radio, tabernas, bares, farmacias, talleres; y ropa de trabajo resistente al fuego. Estoy cansado de las camisas. Norteamérica es el lugar que me corresponde. Las camisetas se ven mal en Montmartre y en el Louvre. En París entera se ven mal. En casi toda Europa, a decir verdad. En Estados Unidos, tejano y camiseta. Los trajes les quedan fatal. No son de hacerse el nudo Windsor en la corbata, que para mí es el único nudo apropiado. Ellos lo engordan con vueltas innecesarias de la tela, que no suele ser seda. Gorra y botas vaqueras, eso es lo suyo. Si yo soy nuevo, por qué iba a querer ser de un lugar viejo. Tiene más sentido ser de un lugar de ahora, atontado, prepotente, adolescente y valiente. Serlo un rato, como fui francés por haber estado en su mar y en sus ciudades. ¿Cómo se sentirá ese orgullo americano? ¿Llevar el peso de toda una nación, una cultura, una historia en el mismo pecho? Me llamaba la atención, me picaba la curiosidad, ¿cómo sería ser la persona más prepotente del mundo? Capaz de decir que cualquier cosa que se te pase por la cabeza forma parte de su historia nacional. Quiero estar en una casa que no conozco, en Kansas, quizá, por qué no. Tengo *saudade* de las culturas que me esquivan. Le decía a Rafa que allí inventaban sonidos y les ponían el nombre de las ciudades donde habían aparecido. A él no le gustaba lo nuevo, pensaba que ya no había estrellas de *rock*, que eso se había terminado y lo bueno se había dejado de hacer. Dime

cinco bandas de los setenta, y de los ochenta, cinco bandas de los noventa, Satur, a ver qué tienes, ¿quiénes son los mejores? Era difícil contestarle. Rafa, de verdad que no tengo respuesta. Pero él quería conocer el origen de lo que nos gustaba. Él, sin decirlo, me llevaba a ver que lo que yo defendía era algo que no conocía, o sea, que no defendía nada. De todos modos éramos versátiles y las *raves* de música tecno nos encantaban. Sin mensajes, sin filosofía, el desconcierto de la energía en circulación que entraba en los cuerpos. Habíamos sido versátiles en todo, en los deportes, en la educación, con las chicas, ya nos iba bien así. Desde que lo conozco, Rafael nunca ha fumado, pero un porro al día se lo fuma. Es de esos, de los que dice que no cuando es sí, cuando se sabe que es sí. Tumbados en las hamacas, Rafael me hablaba mucho, imitaba el acento argentino, contaba los mejores chistes y tocaba la guitarra. Se reía de nuestra infancia. De la catequesis, de lo bien que cantábamos en el coro de la parroquia. Yo cantaba con acento catalán, por lo sentencioso de su sonido, era prepotente, era algo así como aquí estoy yo cantando de verdad. Santo, santo, santo es el Señor. Hablábamos de los veranos en la piscina municipal, que era tan grande que venían niños de otros pueblos. De los helados después de comer, de lo fría que estaba el agua y de las niñas, chicas, jóvenes o madres que veíamos en bikini tomando el sol y que perseguíamos bajo el agua con nuestras gafas de bucear. Nos encantaba la madre de Oliver. El mismo Oliver nos confesó durante un recreo que la espiaba en el baño. Que la veía desnuda echándose crema hidratante en las piernas. Se esparcía la crema por esas piernas larguísimas y fuertes, por los glúteos lisos y combados. La veía entera, todita, al momento de agacharse para hidratar sus tobillos. Y hacía fotos mentales para cascársela antes de dormir. Cuando se levantaba, estirando de nuevo su arqueada espalda, se quedaba mirándole las tetas reflejadas en el espejo, escondido en el vestidor. Para él eran las tetas perfectas, mejores que las de Jamie Lee Curtis, bien cargadas, con buen peso y forma. Por lo que nos contaba, era obvio que su madre lo sabía, y nosotros nos quedábamos callados, dejando ir la mente hacia un lugar que no nos correspondía. Pocos años antes, esa madre insistía en que Oliver se limpiara a fondo el pene, lávate bien por dentro, que estás todo el día con las manos sucias. Ella misma le ayudaba, como una madre normal. La madre de Oliver lo comprendía y quería sin

condiciones; y lo cierto es que mi compañero era muy buen hijo, el más aplicado en clase, a disposición de los profesores, muy pendiente siempre de su hermana pequeña. Al final del curso nos contó que soñaba con su madre. Que follaban salvajemente. Que estaba obsesionado y cuando se iba por la mañana al colegio se debía frenar para no besarla en los labios. Lo contaba como si nada, pero sabíamos que no era normal. No es que soñara con ella, con un deseo reprimido, sino que la miraba y deseaba. Decía que estaba obsesionado y que era la mujer que más le gustaba del mundo. ¿Y si tuviera un hijo con ella?, se preguntaba. Nos explicaba, caminando por el borde de la piscina con el bañador bien subido a la cintura, que un día su madre se dio cuenta de que su niño la estaba mirando y que siguió de todos modos con su ritual de hidratación, enseñándole lo que ninguna otra mujer le había enseñado hasta entonces. En verano, Oliver se ponía las gafas de bucear para mirarla con nosotros.

Rafa y yo hablábamos de cuando tirábamos una docena de huevos cada uno a los buses que pasaban por la avenida del pueblo en la noche de Halloween y de cómo corríamos cuando bajaban los conductores para meternos una paliza. De aquella Nochevieja en la que compramos fuegos artificiales y como era muy aburrido tirar hacia el cielo, empezamos a dispararnos, yo le pegué en una ceja y casi pierde un ojo. De las horas que echábamos en el frontón del pueblo para perfeccionar derecha y revés, y de los partidos de tenis con las réplicas de las raquetas del número uno y del dos del mundo. Él, más saque y red, y yo, aferrándome a la defensa y al juego de fondo. Sin pelota nos salían las mejores derechas y los mejores reveses, las dejadas, los golpes ganadores planos y paralelos, los globos al fondo de la pista y las voleas cortadas. Hablábamos de cuando nos vestían de pastores para cantar los villancicos en el teatro del colegio y que habíamos ensayado después de clase, de camino a casa: Ay del chiquirritín chiquirriquitín metidito entre pajas. Ay del chiquirritín chiquirriquitín queridín, queridito del alma. Entre un buey y una mula Dios ha nacido y en un pobre pesebre lo han recogido. A mí se me habían caído los dos incisivos frontales ese diciembre, me salía un silbido al cantar y Sara, que tenía un nuevo abrigo de piel blanco, dejó de hablar conmigo. Entonces Rafa, queriendo vivir el presente, sacaba cerveza fría de la neverita, me daba una y me preguntaba si estaba bien y yo le

decía que él me hacía estar bien. Pero no podíamos dejar de recordar los partidos de fútbol en el césped, descalzos, cuando no había tantas nor-mas. Hablábamos del ciclista francés que escalaba como nadie y del contrarrelojista suizo, del rubio de pelo largo que nos lanzó el botellín de agua cuando pasó la carrera por el pueblo. De lo gordo que se ponía el alemán en invierno y nos preguntábamos por qué sólo corría el Tour y no otras vueltas. Me dijo que salió en la portada del *Bild* completamente drogado, que le encantaba el éxtasis. Me decía que el navarro era el único que no se había dopado, que era más bruto que un arado y que podía subir las rampas más duras incluso con las ruedas frenadas. Ese tiraba para arriba y no lo paraba ni Dios. Era como Gulliver, Satur, y el pelotón, los liliputienses. Y contra el reloj era una locomotora. Lo que pasa es que tú tienes los gemelos como Miguelón, por eso te gusta tanto, Rafa. Es que los fundía con los gemelos, con los gemelos y los riñones, Satur. Cuando nos quedábamos callados, él sacaba la guitarra de su estuche y dejaba en mis manos la selección de temas que iba a tocar. Y empezaba a tocar a sabiendas de que nunca se dedicaría a la música, por lo que no hacía grandes virguerías. Y me hacía sentir bien. Cuando empezaba el frío nos metíamos en el coche, nos encerrábamos. ¿Este disco qué?, no hay cosa igual, ¿eh? ¿Lo ponemos otra vez? Se trataba de American Football: un compañero del colegio que había pasado un año en New Jersey lo había traído, y Rafa hizo una copia. Era para escuchar en el coche con el respaldo abatido. Era mejor que hacer cualquier otra cosa, era la vida arreglada, era tener cubiertas todas las necesidades. Era deshacer un nudo marinero de un soplido, era sentir por primera vez. *So emotional.* Tan perdido, por tanto tiempo. *Honestly*. Esa es la vida, estoy tan seguro. A lo mejor estoy dormido, eso es todo lo que sueño.

10

Día 26

Cuando estoy deprimido, mermado, sin ganas de hacer nada, cansado, me tumbo en el sofá, me pongo una manta por encima que me cubra hasta la nariz y escucho música. Así puedo oler la salud. Las ensaimadas del desayuno de cuando era niño, a eso huele la salud. Las siestas son la infancia, son el verano. Así me siento protegido. Como el niño que ora cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me la guardan. Hoy he puesto a Vivaldi al mínimo. Las cuatro estaciones. Arranca la primavera, allegro, *qué ánimo, qué espíritu, qué colorido. Voy a subir el volumen, ya dormiré esta noche o mañana. El primer día de primavera, imperdible. Paso el largo y sigo con el siguiente* allegro. *Me monto en un caballo bajo la lluvia, rodeado de mis perros de caza, ¿míos? No son míos, yo soy un invitado, pero he de decir que esos animales son los más fieles que he conocido. Una manada de teckel para la caza mayor y otra de beagle para la caza menor. Ay, qué paisaje. Vuelvo a la infancia y me veo dibujando en un folio en blanco lo que me dicta la música. En clase, la profesora Almudena pone orden y yo miro llover por la ventana, pensando en qué dibujar. Pinto una gran hacienda en el bosque. Una casa en color crema y tejas rojizas, una caballeriza impoluta, un coto con faisanes y perdices. Se ven los palacios, son como nosotros: empezaron siendo de una corriente arquitectónica y acabaron siendo de otra. Según avanzas te encuentras con riachuelos, quebradas y fuentes naturales. Hombretones con pieles sobre los hombros y botas hasta la rodilla embarradas. La lluvia no cesa por la noche. Los perros se refugian donde pueden tras el estruendo de la tormenta.*

Llega el verano. El paisaje cambia y la luz con él, la caza acaba antes, el tiempo va más lento y los cazadores también, les pesa el culo. Los hombretones están en el patio en mangas de camisa. Hablan y beben licor de pera. Es el adagio. *Llega el presto y los hombretones se acicalan. Van a otra hacienda, allí se levanta una mansión que*

ellos no llaman mansión porque es de mal gusto. Del hall *sale una escalera imperial, con un gran cuadro en el rellano, claro, y una estatua a cada lado. Hay mujeres vestidas de fiesta. Bailan y beben, sudan suavemente y el sol se oculta. Estoy dibujando muchas viñetas, voy por el cuarto folio. Los hombres beben en un salón apartado, rodeados de cabezas de venados que parecen vivas, sus ojos miran y ven todo. En las vidrieras, una noche espléndida. Llega, entonces, un intervalo confuso, no se puede contar lo que pasa esa noche, los invitados son indecentes. Hay que repetirlo, dicen los más inmorales, ya habrá tiempo de descansar. En la siguiente escena hay hamacas dobles y el viento se levanta, los cazadores descansan, en efecto. Cuando se desperezan los hombretones sin afeitar se ven hojas extendidas por el porche.*

El otoño suena a inicio de un año distinto, sin pagar penitencia todos reciben el perdón de los pecados. O eso creen, el adagio *del otoño carga una culpa inevitable. Aquí nadie se va de rositas. Se reponen, los hombres, con la caza. El paisaje lo dibujo como la Selva de Oza, un espectáculo natural, una variedad de colores que mueren estando vivos.*

El invierno largo. El milagro de la vida, hay comadronas asistiendo partos en toda la región de Mantua. Nadie se pregunta si la paternidad de los bebés es la debida. No sé cómo dibujar esto. ¿Cómo se dibuja el deber? ¿Cómo se dibuja el dolor? ¿Y el fervor? Sólo se me ocurre dibujar colinas, porque no las he dibujado antes. Y ahí están, cubiertas de nieve que desaparece por la tarde. El agua allá a donde mires, en tu interior, en el cielo, en las montañas, en los ojos de los niños, en tus pesadillas.

El final de este último folio es un borrón, pienso en arreglarlo, pero decido que dormir es el mejor final. Un final que nunca ocurre porque lo que puedo permitirme es lo que mi cabeza no me deja hacer. Así que las siestas duran horas, pero no duermo ni un segundo. No puedo volver a ser niño, no puedo volver a ningún sitio.

11

Satur, mira que eres imbécil, a ver cuándo aprendes a hacer algo, ¿cómo puedes ser tan tonto? Ahora es mi padre el que me habla. He roto el filamento de la bombilla nueva antes de cambiarla por la fundida. Tengo nueve años y mi padre suele estar nervioso, a la defensiva. Es mejor no decir nada cuando guarda silencio. Me da miedo su personalidad. Lo normal es que diga que no voy a llegar a nada en la vida. Es generalizado en mi familia, un sistema de pensamiento asentado en la inmovilidad de las creencias originales, de la propia educación del fracaso individual. Nosotros no hemos podido destacar, así que será mejor para todos que tampoco lo hagáis vosotros los niños, esa es la idea. Pero algunos han destacado, y mucho, se podrían jubilar con cuarenta y cinco años. Esa es la idea derivada, no saber cuánto es suficiente. Numerosas mentiras legendarias que han construido una historia familiar atractiva para los que desde fuera ven secuencias misteriosas dentro de un recorrido hermanado con la rutina más aburrida jamás vista. La prole, con una o dos cabezas, manda y ha de ser consultada para cualquier cuestión que afecte a uno de sus integrantes. Mi padre pasa por una segunda o tercera crisis matrimonial con mi madre: los reajustes personales que reclama la relación, o sea, ella a él. Y el primer apuro financiero por un negocio demente en el que mi padre invirtió mucho dinero para crear el cerdo perfecto, el mejor cerdo del mundo. Vuelve con otra bombilla, la saca de su caja de cartón, aparta con el pie la banqueta a la que me había subido para llegar a la lámpara y enrosca la bombilla. Todo en dos segundos. He mirado cómo lo ha hecho y pienso que lo he hecho igual que él. La enciende y vuelve a apagar. Vuelven a funcionar las ocho bombillas de la lámpara de araña. Lleva dos horas en casa y me ha dado un capón cada vez que me ha tenido cerca. He pensado en matarlo. Un empujón por las escaleras sería suficiente. Después de cenar cuando haya bebido vino y *brandy*. Sería un desafortunado

tropiezo. Que se pudra. Pero los fines de semana se está portando mejor. Ya no se despierta a la una de la tarde con esa enfermedad adulta del día después de beber. Con la enfermedad del dolor de cabeza que hace que me zurre porque sí. No bebe tanto, no sale tanto. Y agradezco ser su hijo. Lo abrazo, le paso la mano por la espalda. Me quedo en la cama con él y me cuenta algunos datos interesantes sobre la guerra de nunca acabar entre dos países y un único territorio: unos que tiran piedras y los otros misiles, unos que llegaron y otros que ya estaban, unos que van con túnica y los otros con traje, unos que le rezan a un dios y los otros al mismo, pero que creen distinto. Me cuenta de su servicio militar en esa ciudad tan tradicional y un poco olvidada. Me describe lo bonita que es su catedral y lo misterioso que es el comportamiento de su río bajo uno de los grandes puentes. Hay un meandro en el que han desaparecido infinidad de vehículos, me cuenta, el río se los traga y no deja rastro. Ay, si vieses lo elegantes que son allí, si vieses a todas esas mujeres de edad vestidas con abrigos de visón de camino a misa. La única pega es el acento, me dice hablando aragonés, y yo me río, ¿cómo van a hablar así, papá?, eres un mentiroso. Después me lleva a montar a caballo. Hay una dehesa inabarcable para mis ojos y mi edad. Está cerca de casa, a doce kilómetros, dice un cartel. Y allí una mujer me da clases de equitación con una yegua blanca, pero que no es blanca, lo que pasa es que es más blanca que de otro color. Mi padre lo hace porque no quiere estar con otros padres en partidos de fútbol o baloncesto. A mi hermana no le gusta nada lo de la dehesa, ella prefiere el *ballet*, porque no hay pulgas. Dice que el *ballet* es muy femenino, pero sobre todo lo hace porque es el sueño frustrado de mi madre. Lo hace por ella. Porque la idealiza. Se siente fascinada por las distintas vajillas, por las cuberterías y cristalerías, el surtido de muebles, la variedad de alfombras y el conjunto de objetos de diseño. Es repelente cuando va diciendo en voz alta que mi padre tiene un sofá de plumas en cada habitación porque así se puede echar la siesta en cualquier punto de la casa. Piensa, también con anhelo, en el orden enfermizo de mi madre. En resumidas cuentas, le maravilla la arrogancia del compromiso matrimonial. Mi padre quiere un deporte así para mí, sin nadie alrededor. Lo segundo que más me gusta en el mundo es cabalgar con la yegua. Fue mi primera gran afición hasta que jugando al rodeo un lazo acabó en mi cuello,

me tiró de la silla y me arrastró por el suelo. Me quemé todo el cuello y me llevaron al hospital. Mi padre decía que no era nada, que no llorara. Tuve una costra asquerosa durante dos meses y no podía apoyar la cabeza en la almohada para dormir. Pero pensaba que no era nada, un rasguño, nada más. Eso me decían y eso me tenía que creer. Todo tenía que ser como lo pensaba mi padre. Y mi padre siempre ha pensado mal en lo que a mí respecta. Es una lástima que seamos padre e hijo. No, no, no. No hagas, no digas, no pienses. Como cada cosa que me ha pasado después, nunca ha sido nada, contratiempos universales. Lo que más me gusta es subirme al tejado de casa. Caminar por las tejas de puntillas, para no romperlas, y buscar un buen lugar para mirar a las personas, o si es de noche, para ver las estrellas. O si estoy aburrido, para tirar globos de agua a la gente.

Ya me iba a dormir, después de una cena típica de entre semana. El momento de autenticidad familiar. Mamá, papá, mi hermana y yo. La mesa ovalada de caoba de doce puestos es un circuito energético de odios y amores, de incomprensión y rutina. Que por qué no hablamos más y nos contamos nuestras cosas, dice mamá. Mi hermana toma la palabra y responde que es muy feliz con lo que tiene. Sobras tú, Saturnino, para que mi vida sea perfecta del todo, dice medio en broma, medio en serio, poniéndole salsa brava a las patatas fritas y llevándose un trozo de cordero a la boca. Defiéndete, me dice papá. No lo dice en serio, dice mamá. No me importaría que todo fuera perfecto para ti, le digo a mi hermana. No seas aguafiestas, Satur, dice mi madre. No hables con la boca llena, dice mi padre. Y pregunta, ¿eso es todo lo que se te ocurre? Sabes que te quiero, hermanito, dice mi hermana. No lo tengo claro, le contesto, pero es normal, yo a ti no te quiero. Bueno, bueno, tengamos la fiesta en paz, dice mi madre, sin darse cuenta de que ella ha empezado la tontería, porque es tonta. La mujer más guapa del mundo que no tiene ni un gesto de coquetería con nadie. La mujer que mejor viste trajes de chaqueta —hechos a medida— y que no es considerada femenina. Si he de ser absolutamente honesto, cuando más atractiva está es durmiendo o pensando y mirando a la nada, no es la belleza, ella no es eso. Ella es una transportadora de la belleza. Cuando está abstraída es irresistible. La risa le pone cara de desorientada, de sufridora. En grupo se contagia de lo peor de cada uno y grita al hablar. Tuvo cara de niña hasta mis seis años.

Tenía piel de niña, manitas de niña, orejitas perfectas de niña, el pelo lacio de las niñas rubias, así que tenía alma de niña. Cuando dejó de ser una niña, con treinta años, dejó de ser ella y empezó a darme pena. Empezó a mirarme de un modo que no me gustaba. Cuando me mira deja la boca entreabierta en una combinación de incredulidad, impertinencia y miedo. ¿Está buena la comida, cariño?, le dice a mi padre. Ella quería que habláramos del colegio y de los amigos. De lo que aprendemos. Papá desconecta un poco y abre otra botella de Barolo. Quita los codos de la mesa y cierra los brazos, me dice, ¿quieres te ponga dos libros en los sobacos, so burro? No entiendo si es que no me explico o si lo que te digo te entra por un oído y te sale por el otro. Mi madre hace un par de chistes sin gracia que sólo ríe mi hermana. Recojo la mesa y llevo los platos a la cocina. Subo las escaleras de mala gana sin mirar los cuadros de la pared. Mi madre los pintó. Paisajes veraniegos como los de Joaquín Sorolla. Pinturas con más chicas que chicos en la playa. Trazos larguísimos. Niños aztecas, niños rusos. Muchos niños haciendo muecas, tristes, porque en los cuadros no se sonríe. Algunos adolescentes de la realeza y paisajes de montaña en invierno. Cuando enciendo la luz del distribuidor de arriba y se iluminan las vitrinas con bandejas de plata, whiskeras de cristal alemán y copas bañadas en oro, me llama mi padre. Baja, Saturnino, ven al baño. No, no, no. Mi padre enciende la luz grande y después la del tocador. A ver esas manos, me dice levantando el mentón un par de veces. Tiene un cigarro Winston en la boca y el humo me hace llorar. Cuando fuma en el coche me dan ganas de vomitar. Subid las ventanillas inmediatamente que aquí delante retumba. Pongo las dos manos encima del tocador. Sus reglas son claras: una hostia y cien pesetas menos de paga —que es lo que más me jode— por cada uña mordida. Hasta que me acostumbré a no morderme las uñas me iba caliente a dormir. Pero esta semana me va a ir bien. Sólo me he mordido los dos anulares, porque sus uñas crecen más que las otras y me parecen muy apetecibles, blancas y brillantes y redondeadas. No está mal, Saturnino, me dice papá echando la ceniza acumulada en el lavabo. Saca las tijeras curvas de metal y me corta las uñas de un solo corte. No necesitarán ni lima ni nada. Lo miro y me dice que las recoja y las tire a la basura. Sueltas no me parecen apetecibles. Papá me está mirando, así que no puedo cogerlas y guardarlas para vendérselas a Oliver, mi

compañero del colegio, que las compra para comer. Cuando levanto la mirada del cesto de mimbre, veo llegar el primer guantazo, su mano abarca cuello y cara. El segundo sopapo aterriza más fuerte en el hueso de debajo del cuello. Lo siento, digo.

Venga, lávate los dientes y despídete de tu madre antes de ir a tu habitación. *Ja és ora d'anar a dormir*. *Resa i et fiques al llit*, dice mi padre. Vuelvo al salón. Hasta mañana, mamá. *Bona nit*, hijo mío, dame un beso, venga, que te queremos mucho. Me sale una risa infantil, la única que tengo al ser un niño, la abrazo y me creo que me quieren, porque el amor no te convierte necesariamente en buena persona.

12

Hice mi cama, ya se habían secado los sudores nocturnos de las sábanas. Un mes antes comía tan poco, que se me fue quitando el apetito hasta pasar más de dos días sin ingerir nada sólido. Ahora, después de empezar con la medicación, había engordado seis kilos en una semana. Fui a ducharme. Parecía que fuese al gimnasio. Mi abdomen liso y medio curvo, los muslos fuertes, me salió un culo de negro. Ni un pelo en el cuerpo. Me quedé desnudo. Me mojé la cara con agua caliente. Aparecieron gotas de sudor detrás de las orejas. Puse un poco de espuma de afeitar en mi mano izquierda y la pasé por mi cara y mi cuello. Me afeité todo menos el bigote. Al lavarme la cara con agua fría para aliviar la piel y las hemorragias de los cortes, vi mi mostacho salir disparado hacia delante. Bigote rubio y feo de morsa. Parecía maricón, posiblemente lo fuera. Me puse mi fez turco, un regalo de mis padres. Ellos no dejaron de viajar por mucho que tuvieran hijos. No puedo decir que se privaran de lujos por nuestra culpa, pero tampoco puedo decir lo contrario. Con el fez ya era menos maricón, era más ambiguo, un tunecino capaz de acabar la noche tanto en la habitación de una alemana de cincuenta con sobrepeso severo, como con un polaco de treinta vigoréxico. Me quedé todo el día en calzoncillos y con el fez en la cabeza. Jugaba con la borla como un gato. Cambiaba de sofá. Cambiaba de habitación. Cambiaba de música. Bebía horchata. Evitaba las arañas como podía, bebía tila. Mis padres y mi hermana, de vacaciones, sin noticias reales de su hijo. Yo me preguntaba: ¿ellos qué pensarán? Unos padres para los que aún no había algo que pudiera cambiar su manera de actuar. Ni las muertes de sus padres ni de amigos durante los pendencieros años ochenta cambiaron nada.

«Quiero que sepas que hay un hijo tuyo en el mundo, no te preocupes, voy a seguir encargándome yo sola». Me quedo mirando el teléfono, lo leo una vez, dos veces, lo leo muchas

veces. No me lo creo, no me lo quiero creer. ¿Que no me preocupe? Llamo a Rafael y se lo cuento, se ríe como si me hubiera visto caer por la calle. Lo entiendo, es una hermosa caída, para grabarla. Si es que Satur, colega, por las noches las mujeres te pierden. Yo me encargo, va, díctame el número. Está una hora llamando a la madre, y nada. No contesta persona viva, ni virgen, ni embarazada, ni madre soltera. Después el teléfono aparece fuera de cobertura. Estoy en la cama sudando con las persianas abajo, qué desastre. Un espasmo en la espalda me hace girar como si alguien me estuviera tocando. El perro, es el perro, pero no le digo nada. Hay un demonio en mi cabeza dispuesto a convocar ilusiones. Me meto dos Alprazolam debajo de la lengua, que se deshacen a toda leche con la saliva. Unos segundos después tengo una pasta asquerosa en la boca, que sabe a hierro oxidado. No quiero tragar —quiero escupir—, pero es mi deber hacerlo. Lo hago sin agua por si se perdiera algo del efecto. Todavía no sé que la manera ideal de tomar las pastillas es con cerveza fría, con varios botellines. Rafael me escucha respirar por el teléfono y sin pedírselo me canta una canción de Tom Waits para tranquilizarme:

But now I see love
Tracked on the floor where you walked outside
Now I see love
Looking for you in this other girl's eyes…

Tiene la voz dulce, canta muy bien, y cuánto me quiere. Nos hemos criado juntos, hicimos la comunión juntos. No puedo decir: Ojalá nos hubiéramos conocido antes. Porque no hay un antes. El primer trío, juntos también. Cuando estudiar se convirtió en una obligación ineludible que nos hacía sudar, y dejamos de sacar sobresalientes —a los trece años—, quedábamos para preparar los apuntes, de Historia y Naturales, sobre todo, porque no había manera humana de que nuestras cabecitas retuvieran algo de conocimiento. A mí me gustaba consul-tar la enciclopedia, para nada en específico, y acababa leyendo debajo de la biblioteca de mis padres sobre los megalitos de Stonehenge o la historia de las banderas de cada país del planeta. Me llevaba

a *Zalacaín el aventurero,* y a *James y el melocotón gigante*. Siempre en la biblioteca contigua al salón y no en la privada de mi padre, una con más tomos y a la que no me podía acercar. A veces iba a mi habitación y con mi dedo índice recorría la superficie de un pequeño globo terráqueo. Era como viajar. Lo desconocido en la punta de mi dedo, aunque dentro de lo desconocido había países, fronteras, cordilleras, deltas, lagos, glaciares, canales, desiertos, cataratas, cabos, depresiones, ríos, mares y océanos que me sonaban. Dentro de lo desconocido estaba el conocimiento de la fantasía, como aquella noche de Reyes en la que vi a los magos y los camellos avanzando por el pasillo, camino del salón después de bajar por las escaleras de al lado de mi habitación. Nadie me quita esa imagen. Nadie me puede decir que es mentira. Normal que esté como estoy. ¿Qué quieres, Saturnino? Has hecho todo lo posible para ser quien eres ahora. Has mentido, te has mentido, al principio por no hablar y después —mentiras que ya dan igual— por hablar de otras cosas, por hablar como si fueras otra persona, una persona que te hubiera gustado ser. Ese que quieres ser te persigue para matarte, es él, son ellos, no es nadie más. Es un director de cine de Los Ángeles, es un lobista de Ciudad de México. Es cualquier persona que tenga una vida que no encuentre ninguna equivalencia ni interna ni externa, ni de forma ni de fondo, con tu presencia humana. Es el niño que no pudiste ser.

Rafa y yo tardábamos más en hacer nuestros apuntes de lo que hubiéramos tardado en estudiar. No íbamos a ninguna academia y los profesores particulares nos duraban poco. Quedábamos en el parque de al lado de casa, cerca de una cancha de baloncesto, y nos sentábamos ahí mientras un grupo de jóvenes negados con zapatillas de profesionales metía cuatro canastas en una hora. El simple hecho de estudiar nos hacía gracia, nos reíamos por mirarnos, por pensar en algo que decir, llorábamos de la risa por estar juntos. Mis apuntes eran escritos —ilegibles—, pero el bobo de Rafa se los grababa en casete. No he visto a nadie sufrir tanto leyendo, de verdad, lo recuerdo y me da lástima. Con un porro en la mano empezaba a leer un texto subrayado. Caminando sobre las puntas de sus pies en trayectos de tres metros. Con los ojos achinados —todo pupilas, los ojos absorbidos por el cráneo— empezaba a leer y no pasaba de la primera frase. Historia universal, siglo XX, en mil novecientos, en mil ochocientos, en

mil ochocientos cator… en mil novecientos cuarenta y uno. Se esforzaba, pero estudiar no era lo suyo, ni lo mío. Aquél examen de Historia lo robamos y lo fotocopiamos. En casa lo completamos y en clase pusimos en práctica el famoso cambiazo. Yo saqué un 8,75 y Rafa un 8,50. Jamás volvimos a sacar un sobresaliente en nuestras vidas, ni copiando.

Lo escucho estremecido hasta que, bendito sea el cielo, recibo otro mensaje que dice: «No me llames más, Julián, déjame tranquila». ¿Julián? Hija de puta, empiezo a teclear, después lo borro porque ese no es mi estilo. Interrumpo a Rafael. Tú, Rafa, que el mensaje es para un tal Julián. Si me mirara a los ojos vería que el mundo está perfecto, se ha recompuesto la humanidad, felicidad gratis para todos. No soy Julián, me has jodido la mañana, deja a Julián tranquilo si quieres que te olvide. Espero que no se acuerde de ti y yo espero olvidarme del rato que me has hecho pasar. No sabes quién soy y me has roto los nervios. Punto y lo mando. Qué alivio, Satur, tómalo como una señal. Sabes que el mensaje podía ser para ti. Apechuga con lo que tienes, pórtate bien hasta que pase todo. Estás un poco chalado, pero se pasará, siempre te he dicho que vas a hacer cosas importantes y no me suelo equivocar. Hazte voluntario, sal de aquí, que se te van las luces, esta ciudad es mala, mira la cantidad de pirados que hay. Es un consejo, haz lo que quieras, pero me dolería mucho que hipotecaras tu futuro por el simple placer de trasladarte a ese lugar donde te pierdes y te perdemos. Eres insensato y pones a prueba la tolerancia de todos. Sé que no estás para sermones, pero es que cuando entras en ese gris estado animal nos obligas a dejarte solo, no se te puede ayudar. No puedes ir en calzoncillos saltando por los techos de los coches. Te acaban dando una zurra, por supuesto, ¿qué otra cosa puede pasar? Acuérdate de esto: si haces algo valioso con tu vida, muy poca gente se sorprenderá; si la tiras a la basura muchos se llevarán las manos a la cabeza. Que no decida el azar por ti, Satur, deja a ese Samuel a su aire, que no tenéis nada que ver.

Me he quedado callado, de pie, he subido las persianas y he encendido un cigarro que absorbe el metal de mi boca. Entra el sol a casa con un calor en aumento, a las cuatro de la tarde será insoportable, pero a las diez, que es mi toque de queda, el cielo, no tan pletórico, dirá que es todavía de día y me creeré que vivo de más. Como creo que me puedo dormir y quizá no despertar,

recito oraciones a gran velocidad. De dormir a morir no hay casi nada. Ayer las repetí dos centenares de veces cada una. El significado no cuenta, es la mecanización lo que creo que me relajará. Por lo que no hay rastro de espiritualidad. ¿A quién le voy a rezar? ¿Quién me escucha, quién querría ayudarme? No puedo dormir porque el desconocimiento se ha adueñado de mí. Siento un gran vacío del saber. Me faltan datos históricos, citas literarias, los procesos judiciales, protocolos médicos, análisis inmediatos de información, facilidad con los funerales. Si hay un debate por una declaración polémica, no suelo ver la polémica escuchando la declaración, tengo que esperar al debate. Muchas veces no hay polémica, se trata de inventos para atraer la atención, debates con una vida infinita, que nadie quiere acabar. Así que no veo lo que no existe. Entonces pienso que estar muerto no puede ser malo. Estás desconectado. Siempre buscamos eso. Buscamos morirnos a ratos. Hacemos las cosas pensando en la muerte. Hay que vivir como si fuera el último día, nos decimos. Y el que no quiere morir, cambia de paisaje. Cambia de canal constantemente para no estar en un solo punto porque estar en un solo punto es estar a solas con uno mismo y eso puede ser una gran bofetada en la cara. Di algo, me dice. Sujeto el teléfono inalámbrico entre la oreja y el hombro. Ya sin hijo, sin sudores, con un futuro incierto pero de gran amplitud. Cualquier cosa puede pasar, intenta que sea buena, Satur, me digo. Venga, va, hoy no puedo ir a verte, pero mañana podemos cenar. Quiero decirle que gracias, que lo quiero, pero me da apuro decírselo. Total, ya lo sabe. No te preocupes por nada, yo llevo lo necesario para cocinar. Llegaré pasadas las ocho. Cuelga y yo me he dejado sentimientos y palabras dentro de mi estómago, que ahora se espesan como las pastillas, con una gota de algún líquido que tengo por dentro. Si hago memoria, creo que desde ese día me guardo todo entre pecho y espalda, debajo de la garganta, en el paladar, lo guardo en cuadernos y servilletas y papeles que escribo y no leo. Tengo satélites a mi alrededor diciéndome quién soy, pero están tan lejos que no los oigo. A veces he creído que debo ir sacando lo que huele a podrido, y el resultado es que lo que sale ya es otra historia, sin pertinencia, sin posibilidad de ayudarme. He decidido que las cosas deben morirse dentro de mí. Si entras en mí vas conmigo hasta el final.

Pongo Bonnie Prince Billy como respuesta a Rafael y lloro lo

que no he llorado en toda mi vida. Lloro por la mera existencia, por mis cosas, por las de los demás, por todo lo que no lloré en su día. Echo de menos esa capacidad de llanto que tenía.

Well, you're my friend
And can you see
Many times we've been out drinking
Many times we've shared our thoughts
But did you ever, ever notice
The kind of thoughts I got?
Well, you know I have a love
A love for everyone I know
And you know I have a drive
To live, I won't let go
But can you see this opposition
Comes a-rising up sometimes?
That it's dreadful and position
Comes blacking in my mind.

13

La madre de Rafa estaba cosiendo en el salón. Haciendo ganchillo a la luz de una lámpara. Parecía una señora mayor, por lo menos mayor de lo que era. Pelo entrecano y papada, caderas anchas, barriga, los labios agrietados y los párpados mal pintados que le caían sobre los ojos. No se parecía a mi madre. Posiblemente porque mi madre no parecía una madre, sino una mujer que había equivocado su destino y que dedicaba gran parte de su tiempo y de su esfuerzo a tomar malas decisiones. No eran de la misma raza, no lo eran. Me saludó con el cariño de quien ha criado a cien niños, de quien piensa que antes de ella van muchas personas. Así me pareció. Siempre que la veía sentía que me admiraba. Nadie más me admiraba, por eso lo digo.

Rafa y yo nos encerramos en su habitación. Me dijo que cuando cumpliera dieciocho se iría, pero yo no lo creí. Me iré a Francia, me encanta Francia. Me quiero casar con una francesa. Vivir en París un poco y después en Burdeos o en Toulouse. Teníamos dieciséis años y no diferenciábamos la verdad de la imagen de la verdad. ¿No me crees, verdad? Sí que te creo, pero una cosa es que te guste Francia, que ya lo sé, y otra que te vayas al cumplir dieciocho. Pues deberías creerme. Vamos a hacer una prueba de honestidad, te voy a hacer tres preguntas y después me las haces tú a mí. Y ponte en pelotas. ¿Qué dices? No seas cagón, tenemos que estar en pelotas para que no haya adornos, para que seamos sinceros. Mientras me hablaba, Rafa se había quedado en calzoncillos y se estaba quitando los calcetines. Vamos, Satur, desnúdate, quítate todo. No lo pensé mucho, no entendía qué quería demostrarme Rafa, pero me desnudé y nos sentamos en la cama el uno en frente del otro. Sentados con los huevos y la polla a la vista, con el pecho y las axilas, con las piernas y los tobillos, con el ombligo y un poquito del culo. Nos miramos en silencio. Me hubiera gustado darle un beso en la boca, su numerito me había cautivado, quería agradecérselo pasándole mi mano por el

pecho y seguir bajando. Me excitó que quisiera abrir su corazón, que estuviera dispuesto a soltar sus intimidades. Él me veía mirarlo a los ojos. Me entraron ganas de comérmelo a mordiscos. Se me pasó por la cabeza hacerle cortes con un cuchillo de sierra, el de entrecot. Asfixiarlo. Partirle algún hueso, la mandíbula o el húmero. Quería hacerle todo eso a él. Y a la gente guapa. No recuerdo las preguntas que nos hicimos, pero sí que analizamos las respuestas y que las debatimos y que fuimos honestos. Sospecho que hablamos de si se podía pasar por el mundo sin hacer daño y de si eso importaría. De si se irían a cumplir nuestros sueños, de si los teníamos, para empezar. De algo así hablamos. Fue como mi primera visita a un consultorio. Mi primera sesión de terapia, estando sano, aunque con secretos que me iban creando una personalidad, una enfermedad, quizá. Pero Rafa no sintió que yo confiara en él. Eso es mentira, otra más, fui yo el que no sintió su confianza. Aquel mismo día el sol empezó a fallar, así que bajo el calor postizo de principios de octubre y empujado por el deseo de que él también me admirase, de que viera algo que nadie veía en mí, le dije que abriera la ventana. La abrió. Seguíamos desnudos cuando salí por la ventana del sexto piso y me senté en la cornisa. Rafa me miró, si me hubiera tirado no le hubiera dado tiempo a hablar. Había dejado de hablar, casi había dejado de respirar. Ven, le dije, dame la mano. Rafa estaba asustado, yo en su lugar también lo hubiera estado. Agárrame fuerte, con las dos manos. Me fui deslizando boca abajo hacia el vacío y Rafa se quedó haciendo contrapeso con el vientre sobre el marco de la ventana. Me quedé colgando a veinte metros de altura. Intenté soltar una mano, pero no me dejó. Lo miré y le dije, eso sí que lo recuerdo y no todo el psicoanálisis de antes: Confío en ti, ¿me crees? Y aunque Rafa no se fue a Francia con dieciocho años, siempre creí que se iría, y lo hizo con veintiséis. Pero su universo siempre fue el pueblo, porque le gusta sentirse observado y conocido, porque su sentido de la vergüenza le ata la mente, como la falta de sentido del espectáculo empobrece a su país.

14

Mi madre insistió en que llamara a otro médico. Me lo repitió cada noche por teléfono —ella estaba en la costa Dálmata con el resto de la familia— hasta que decidí llamarlo. Ese otro psiquiatra era un primo segundo suyo. Lo primero que me dijo es que lo visitara en Lérida. Bueno, dijo Lleida, pero acabando en una e. Lleide, dijo. Yo le dije que no, que no se me había perdido nada en Lérida, y dije Lérida. ¿Qué te ha pasado?, me preguntó. Y le conté lo de las arañas y lo de la cocaína. Y lo de vivir en una película de terror, le dije que veía personas que no existían, que oía voces en otros idiomas, le conté todo lo que imaginaba que sería interesante para él, porque para eso lo había llamado. Toma esto y toma aquello, me dijo, haz deporte, mantente ocupado. Nada nuevo. En el Pirineo hay un sitio ideal para ti, lo llaman «Las puertas del cielo». Voy a preguntar si necesitan a alguien. Mañana te llamo. Entonces entendí que mi madre quería que fuera allí, estaba todo preparado.

Cogí mi Talgo en la estación remodelada del sur y de ahí fui hasta la capital de provincia. Un viaje estupendo en el que me mantuve consciente de todo lo que pasaba a mi alrededor, aunque en mi cabeza brotaba la idea de que yo era un monstruo, un ser peligroso capaz de arruinar cualquier vida. Empezando por la mía. Apenas cumplía las condiciones necesarias para estar despierto, había estado mal en el mar y en casa, pero parecía haber mejorado. Mis paranoias estaban en suspenso. No quedé con el primo de mi madre, hablamos por teléfono cuando yo hacía tiempo en la estación de trenes. Calor serio en la provincia y una cantidad sospechosa de subsaharianos y magrebíes que caminaba muy cerca de la cabina desde la que hablaba. En Lérida me subí al coche de línea hasta no recuerdo qué pueblo porque en el último tramo había un pueblo cada cinco kilómetros. Después del más poblado —donde la mayoría bajó del autocar— la carretera era de aquellas en las que se despeñan los buses por

el precipicio, víctimas de una modorra del conductor o por la faceta más ahorradora de gasolina que lo lleva a poner la máquina en punto muerto en las bajadas. Un poco más adelante, bajo un calor extremo, había escaladores colgados de paredes con vías complejas, en una sierra pelada de árboles, que de sierra tenía poco, puesto que apenas se elevaba por encima de un pequeño lago. Es cierto que la sierra formaba una garganta preciosa y pedregosa que en invierno es la madre de todas las *boiras gebradoras* de la Conca. Pero poco más. Una vez pasado un túnel de piedra —junto a la primera de las diversas centrales hidroeléctricas— ya se podían ver las grandes montañas al final del horizonte. Allí mismo se acababan las carreteras sinuosas y solitarias y allí dejé a la ciudad en su sitio. Atrás quedaron su aire, sus calles, sus señales de tráfico, sus pretenciosos barrios, su negligencia. La forzosa convivencia entre historia y modernidad. La distancia entre la ciudad —vulgar capital europea— y la montaña era también mental, del alma si nos ponemos tiernos. El paisaje pirenaico con su maquinaria pesada aparcada en naves de piedra y graneros ruinosos y las torres de alta tensión encaramadas en salientes de piedra y formando un camino metálico en medio de los bosques, era una vuelta a la infancia y a una posible vida más sencilla sin dolores mentales. Yo estaba decidido, con la espalda adherida a la pegajosa tapicería del bus, a abandonar esa ciudad maldita tal y como ella había hecho conmigo.

Recuerdo unas salinas en ese pueblo al que mi nuevo jefe, Jordi, fue a buscarme en un Land Rover. Y recuerdo que un túnel se introducía en una pared de piedra imponente, y que ahí desconecté de la realidad. Que no era para nada real, pero al salir del túnel sentí que podía dejarme ir, desprenderme de mi falta de autenticidad y ver quién demonios había debajo. Para empezar tuve que escuchar a ese cineasta barcelonés que dejó su carrera profesional casi antes de empezarla. Durante el trayecto de más de una hora no paró de hablar. No había cumplido los treinta cuando se encontró entre la espada y la pared. O me muero de una sobredosis en la ciudad o desaparezco y voy a mis raíces, decía. Ahora iba con una Opinel en el cinto del pantalón y la utilizaba para todo, para arreglar cosas, para atornillar, para comer. No necesito nada más, nen. Jordi había nacido cerca de allí, en un valle más al norte. Una joya de lugar. Pero estudió

internado en la ciudad desde muy niño. A pesar de ser hablador, creo que era impositivo, insensible y prejuicioso, o así se mostró el poco tiempo que estuve en su refugio. Hijo único, moreno, ojos grises, metro setenta y poco, la nariz pequeña y respingona con los orificios muy largos y estrechos. Que nadie me diga cómo se tienen que hacer las cosas, soy dueño de mi vida desde la adolescencia. El capitalismo es facha, cualquiera que viva en una ciudad es facha. Aquí hablamos de dinero cuando nos toca hacerlo, allí hablan de dinero por gusto. Se pasan el día tomando cañas y saliendo de fiesta, y luego corren a comer a casa de mamá, porque, ay, no tengo dinero. Acompañados por la estridencia de la ciudad como si fuera su propia familia —Jordi se iba calentando—, y eso no es saludable. Son todos unos mangantes. El dinero da asco. En la capital se mueren las personas antes de tiempo, aquí nos iremos de viejos. Las ciudades matan, nen. Basta con leer lo que decía Pasolini: «El que conoce el arte de vivir consigo mismo ignora el aburrimiento». Pues eso, que prefiero estar solo que mal acompañado. Mira este con el pelito de príncipe, y me indica al *yuppie*, ya en el refugio de montaña. Lo miro y me sonrío. Va con unos pantalones tiroleses, botas de montaña y una camisa Oxford debajo de un chaleco austriaco de botones. A Jordi no le gustó que apareciera sin reserva, pero no podía decirle que no. Las normas de la montaña dictan que siempre hay una cama disponible. En verano las máximas no subían de los veinte grados.

15

Estoy delante de la nevera cerrada. Está llena de imanes de ciudades. No sé cómo he llegado aquí, no sé si estuve en esos lugares, si he pisado suelos distintos al que tengo debajo de mis pies. Hace un momento estaba en mi habitación. Mi hermana me ha dicho, quiero creer que preocupada, que tengo mala cara. Sí, niño, estás pálido. Total, que he ido al baño a mirarme. Y la cara estaba normal, es diciembre, no puedo tener buen color. Normal no, normal una mierda. Me he visto fragmentado. La cara hecha un rompecabezas. Y de cada fragmento ha brotado mi rostro entero llenando el espejo de esquina a esquina. Incontables caras. Era el momento perfecto para sentir miedo, pero me ha venido la melancolía. Oh, la melancolía. ¿Y si hubiera puesto de mi parte desde pequeño? Todo esto no estaría sucediendo. ¿Y si mi padre lo ha hecho bien y he sido yo el que lo ha hecho mal? Debería haberle dado motivos para sentirse orgulloso de mí. Debería. Debí. Esta melancolía es cosa vieja, me pasaba cuando terminaba de jugar y tenía que volver a casa. También cuando me paraba a pensar en lo bonita que era la casa de mis padres, porque sentía que mi casa nunca iba a ser así. La melancolía al verme desfigurado, al saber que mi mente dice que estoy desfigurado, es peor que las otras, porque no se va a ir. Voy a tener melancolía de mí cada día. Tengo alergia a la vida. Lo que tengo que hacer es arrancarme esta cara de idiota que se aplasta sobre mi cráneo, son demasiados años viéndome, viéndome yo y toda la gente, me quiero clavar las uñas bien adentro y arramblar con mi jeta. Me quiero arrancar la cara y el corazón. Me quiero arrancar la cabeza y ser una ameba, arrancarme el estómago y ser un musgo. Me quiero arrancar el alma y ser una pianola que sólo toque la llegada del helicóptero de protagonistas a *Jurassic Park*, quiero ser esa pieza de John Williams. No me soporto un día más. Quiero meterme un petardo en el cerebro, poner a bailar a las neuronas que me queden, que mi sangre fluya a contracorriente:

quiero saber qué hay de verdad en mi vida.

Pues nada, me saco un Alprazolam de dos miligramos del bolsillo del pantalón y me lo meto debajo de la lengua, la pastilla se humedece, pero la saliva no la empapa. Así no logro descomponerla. Empiezo a morderla y a esparcirla por toda la boca. Luego la busco en todos los rincones con la lengua y la trago. Es un asco. El otro día, la psiquiatra me provocó un intento de suicidio. Lo hicimos juntos. Me sentía bien y quiso demostrarme lo fácil que es alterar las ideas de mi cabeza. Me recondujo cuando me puse a gritar y a llorar. Por eso tomo pastillas a todas horas, para tener ideas convencionales. Para talar cada brote alucinatorio que aparezca en la superficie de mi cerebro, sierra eléctrica en mano.

Abro la nevera y cojo un tiramisú del restaurante sardo preferido de mi padre. Pienso que he ido al salón atravesando el *hall* de entrada, pero estoy sentado en las escaleras de salida al jardín delantero, frente a la piscina y su cubierta eléctrica blanca, comiendo el postre con las manos. ¿Cómo he llegado aquí? No estoy tomando mis propias decisiones. Otra vez. ¿Y qué les cuento a mis padres? Ellos saben cómo soy porque se han metido en mi cabeza, ellos eran mi cabeza hasta el verano pasado. Ahora qué pueden entender si yo no sé quién soy ni lo que hago.

Me estoy echando agua fría en la cara, en el baño que está al lado de la cocina. El agua me chorrea por el pecho, está congelada. Siento la cara caliente a pesar del agua. Me echo el pelo hacia atrás con las manos varias veces. Sufro una leve convulsión con los brazos insensibilizados, una señal de que estoy vivo y también una advertencia que me manda la muerte, o mi padre: Estás vivo, pero no se sabe por cuánto más. ¿Qué coño haces, Saturnino?, grita mi padre. ¿Te parece que la cocina es el sitio adecuado para asearte? Por Dios, ¿qué hago aquí? Tú no estás bien, niño. No, no estoy bien, no me encuentro bien, quiero ir al médico. Quédate tranquilo y espera a tu madre. Me quedo tranquilo y mi padre me da una toalla que ha traído del baño. Ve a cambiarte, ponte ropa limpia y seca, date una ducha antes. Y quita esa cara de idiota, por favor. Me seco la cara de idiota y se pone todo negro. Siento que alguien me va a cortar el cuello y que el infierno sí existe, que el infierno es mucho peor que esto y que voy hacia allá. El infierno es una persona, no un lugar, me

voy a convertir en el infierno. Mi padre me mira antes de salir de la cocina y con la cabeza me dice, vamos, haz lo que te he dicho. Tengo que esperar a mi madre para pedirle que venga conmigo a la ducha, la necesito para que vigile el lugar y actúe si tiene que actuar. Mientras espero muerdo fuerte para clavarme los dientes, para que me salten las piezas hacia fuera, para absorber mi cerebro, para digerirlo y expulsarlo.

¿No es mejor ir al médico, Saturnino? Por favor, siéntate conmigo en el baño mientras me ducho. Mamá cruza las piernas en la banca del vestidor y mira el cuchillo de marfil que me regaló su marido. Yo también miro el cuchillo y lo dejo reposar al lado del lavamanos de piedra. No dice nada, acepta lo que pasa. Y en realidad lo que pasa es que me está salvando la vida, la vida que me ha dado. Está permitiendo que viva un poco más. Y que no me mate a cabezazos contra los azulejos italianos del baño. Desde la bañera, hecho un ovillo, la miro desconsolado, soy una carga y ella lo sabe desde el principio, siempre lo he sido y ella lo ha visto. Ojalá entrara y me pasara la esponja por los brazos porque yo no puedo. Me lleva a la cama con cara de esto va a pasar, vas a estar bien. Me mete en la cama y se tumba a mi lado. No sé si siente que está siendo la mejor madre del mundo, no sé qué piensa, me da igual, lo está siendo. Y la paz tampoco es un lugar, es una persona, ahora es mi madre.

16

Día 35 (o 48 o 93)

Soplo la ceniza del teclado antes de quedarme sentado hasta que la pantalla del ordenador se ponga negra. Después alcanzaré un libro y leeré diez páginas, la literatura volverá a aparecer como lo más importante del mundo, me sacará de mi cuerpo, de ese estado particular de reclamos que no consigo matar, pegados a los bofetones de mi padre que siguen marcando de rojo mi piel. Todas sus palabras ofensivas, desde las primeras, que ya no recuerdo, hasta las últimas en las que me dijo, casi con cariño, que fuera más como él para salir del hoyo. Quienes dominan los números dominan el mundo, niño, eso lo sabe hasta el último mono, no entiendo qué haces escribiendo, pero allá tú. Que no se te olvide que siempre vas a necesitar a una persona de la vida real al lado, a mí, a una mujer o a un amigo, porque el negocio de ser escritor es el peor invento del mundo. Si quieres saber la verdad, sigo pensando que no harás nada de valor, aunque le diga lo contrario a tu madre, vamos, que lo tuyo es no hacer nada.

Las primeras no las recuerdo, pero en su lugar está esa canción de Peter Gabriel. Nadie te quiere cuando pierdes, dice. Es raro el camino que han tomado las cosas, sigue. Pero después sostiene que no se necesita mucho de nada, no te rindas, que nos tienes a nosotros, canta. Eso me faltaba, no había un nosotros, pero no me rendía. No me rindo. Descansa tu cabeza, te preocupas demasiado, avanza la canción. Hay un lugar al que pertenecemos. No hay que avergonzarse. No te rindas, por favor, suplica Peter. Ya he dicho que no me rindo, joder. Pero me avergüenzo de mi padre, nunca estuve a su altura, ni él a la mía.

Encenderé la pantalla otra vez. Es una preciosidad, el blanco y estos símbolos encima, oscuros. Son todo lo que ha pasado. Una montaña de recuerdos, una vida borrosa en muchos lugares. Una vida cansada, desmotivada, veloz, previsible. Una vida consciente para lo cotidiano. Una vida temerosa para los conceptos lejanos, para

aquellas cosas que desde aquí no se pueden cubrir. Este blanco que veo con los ojos irritados, la boca seca, las piernas dormidas. Este negro que es impactante como la vez que supe que soy malo. Hoy no he visto el cielo, ese gran acto de creación. Sí he visto la luz del sol entrar en mi habitación, llegaba casi hasta la cama. El sol, el espacio, esta galaxia forman parte de esos conceptos lejanos e incontenibles. Entonces anotaré algo y sentiré que la literatura se vuelve a espesar para decirme que en mis manos aún no es un artefacto determinado. La pantalla se apagará de nuevo. Volveré a abrir ese libro con la idea de que aún no estoy listo para escribir, dado que cada palabra obedecerá al paso del tiempo, el reloj es quien manda, colgado en la pared, con el segundero espasmódico que trata de ir para atrás inútilmente, el tiempo bombeando en mi pecho con tanta insistencia como tranquilidad piden mis manos. La curiosidad empieza las cosas y la paciencia las termina, siempre y cuando haya obsesión. Sentiré incluso que no entiendo la mitad de lo que leo, está un poco encriptado, no doy con su orientación subjetiva. Quizá no haya una orientación por parte del autor, sino que otro lo ha empujado hasta ahí, muchos tal vez, aquellos que han estado con él los últimos años, y también los que han estado con él esos años que ya no recuerda. Quizá el autor tampoco sepa qué hay escrito y la única manera de defenderse es diciendo que el libro ya no es suyo porque ese mundo ya no existe, porque los términos han cambiado. Dependo de pastillas para vivir y para dormir, pero no para amar. Soy un enfermo en vuestro mundo y una persona perfecta en el mío. Escribo sobre qué es estar mal y deprimido, pero mis recaídas indican que no recuerdo los sentimientos, vuelvo a ellos como si no hubieran estado nunca conmigo. Me piden que cambie, pero todos buscan al viejo Saturnino, la versión salvaje, así lo ha definido la psiquiatra. Cuando debes describir a un esquizofrénico, ¿qué dices antes, que es buena persona o que es esquizofrénico? ¿Que te quiere mucho o que es esquizofrénico? ¿Que sueña en grande o que es esquizofrénico?

17

Claro, como tú tienes muchos amigos, no te importa que deje de ver a Rafa. Yo no voy a ir a otro colegio, jamás. Saturnino, deja de comportarte como un niño, vas a ir a un colegio mejor, con niños más interesantes, no me des el coñazo. Cuando cumplas los dieciocho te vas de casa y tomas tus propias decisiones, ahora las tomo yo. A Rafa lo puedes ver después del colegio, que parecéis novios. No me habrás salido maricón, ¿verdad? Me gustaría decirle: Te voy a dar una hostia en la cara para que veas lo marica que soy. Y como sigas llorando verás lo que es una razón de verdad para llorar. Venga, ve a hacer algo de provecho, desaparece, *fuig*.

Papá se queda en el despacho de la masía. Es el mismo despacho de su abuelo y de su padre. Ahí pasa las tardes entre periódicos, libros y una botella de *whisky*. Tritura papeles con las manos, facturas antiguas, documentos vencidos, cartas poco importantes, le da la espalda a bibliotecas de puertas de cristal con incunables que nadie ha visto leer. Sus ventanas miran al jardín con piscina. Allí están mi hermana y mi madre puestas al sol, en las tumbonas de tela roja, apuran los últimos rayos de sol que ponen moreno y los últimos días del verano. Yo no sé qué hacer, no quiero estar con nadie, no quiero sentir nada, pero no voy a ser yo el primer ser humano que pueda dejar de sentir con once años. Han conseguido que me avergüence de mí y que no sepa distinguir un día bueno de uno malo. Decido ponerme un bañador y bajar a la piscina antes de que llegue la pareja de amigos de mis padres a pasar el fin de semana. Será el acabose, mi padre borracho contando batallitas y dando órdenes. Convencido de que es el mejor anfitrión, de que es el hombre más inteligente, incluso de que es el mejor padre. En el jardín, mi madre hace *topless* boca abajo y mi hermana está leyendo una revista. No me saludan, pero estoy seguro de que dirán algo en cualquier momento. Hace mucho calor, ya estoy sudando. Me

pongo debajo de la ducha un minuto entero porque hay que esperar un poco para que salga agua fría. Siento un escalofrío y empiezo a hacerme pis encima, el líquido chorrea por mi bañador más amarillo que el agua y cae sobre la cubierta de teca que rodea esa parte de la piscina. Me quedo un poco más. Me da igual hacerme pis encima. Ahora sí. Un par de años atrás me hice pis en la montaña. Mi padre me obligó a esquiar a veinte grados bajo cero, con una ventisca feroz. Yo llevaba media hora llorando por el frío, estábamos en la parte más alta de la estación de esquí, y me negaba a bajar sobre mis esquís, quería hacerlo en la silla. Mi padre me dijo que no, que ni hablar. Entonces empezamos a bajar y yo rodé nada más enfrentar la pendiente. Cada vez que me ponía de pie, mi padre me pegaba con el bastón en las rodillas para que mantuviera la posición del buen esquiador alpino. No sentía ni los pies ni las manos, al final, ni los golpes. Podía tener los meniscos rotos o los tobillos torcidos, no sentía nada. La nieve me azotaba en la cara y se me metía por el cuello, no distinguía la pendiente del cielo. Todo lo que había delante era del mismo color. Tenía las mejillas quemadas, las lágrimas se me quedaron pegadas a la piel. Me quité los guantes y metí las dos manos por dentro de los calzoncillos. Entonces me puse a hacer pis. Me cayó por las piernas y casi quemaba. Hice mucha fuerza con los riñones para escurrirlos. Hice mucha fuerza con el vientre para calentarme las manos. Ese día mi padre me dijo por primera vez que estaba orgulloso de mí por haberme calentado las manos de la única manera posible.

Me meto al agua con la camiseta francesa pegada al cuerpo para no quemarme los hombros. Esta maniobra le da un motivo a mi madre para hablarme. Se ha atado la parte de arriba del bikini blanco antes de incorporarse un poco y ponerse las gafas de sol. Está dorada, como le gusta a mi padre. Anda, quítate la camiseta, ¿no ves que el cloro la destroza? ¿Tanto te cuesta hacer las cosas bien? Es llegar tú y romper la paz reinante. Mi hermana se sonríe. Yo no me quiero quitar la camiseta, estoy más fresco con ella, y el sol me hace daño, mi madre lo sabe, tengo la piel sensible, nunca he estado moreno. También la mojo para eliminar el olor de nuestra casa, de nuestra familia, de las historias que no quiero saber. Mucha de mi ropa pertenece a esta casa, pasa todo el año guardada en sus armarios y siento culpa por ser uno de ellos. Te la quitas, la escurres bien y la pones a secar a la sombra. Lo hago,

hago lo que dice mi madre. Vuelvo al agua y me quedo de puntillas en mitad de la piscina, con todo el cuerpo bajo la superficie, el agua me llega a la barbilla. No estoy cómodo. No tengo calor. Tampoco tenía calor en casa, pero bueno, ya estoy aquí. El agua está transparente, sirve la prohibición de no meterse si te has puesto cremas en la piel y de ducharse a conciencia antes de entrar. Miro hacia la casa, hay un muro de piedra local desde el que salto cuando no hay nadie. En realidad toda la casa es de esa piedra, también el jardín y los garajes, y la casita de huéspedes. Tirarme desde el muro es arriesgado, con el máximo impulso me sobra apenas medio metro al entrar al agua, o sea, que si no me doy todo el impulso posible, no llego. También hay un almendro al que me encaramo, subo hasta las ramas más altas y me dejo caer al agua. Desde ahí no corro peligro. Al agua hay que arrojarse, pero ahora no puedo hacer nada de eso. No puedo hacer eso, pero sí que pude ir al planetario y ver a dos yonquis pincharse heroína a las ocho de la mañana, eso sí. Y en Nápoles, igual, cuando fuimos a la isla de enfrente del volcán. Lo mismo: buscando un restaurante buenísimo tuvimos que pasar por encima de dos heroinómanos inconscientes, con jeringas y papel de plata tirados a su lado y orines bajo sus cuerpos. Y también pude ver ese cuadro de Dalí con nueve años, *El gran masturbador*, eso sí. Que me dejó sin dormir un buen tiempo. Igual de grotesco que los drogadictos. Y pude ver cómo mi padre no volvía a dormir los fines de semana. Pude ver a mi madre llorar una noche sí y otra también. Pero no puedo ser un niño, no me dejan ser un niño de mi edad. Sumerjo la cabeza bajo el agua e intento sentarme en el fondo de la piscina. El mundo se silencia, mi cabeza se silencia, pero sigo sintiendo, sigo siendo yo y no me gusto. No me gusta ser yo por culpa de las personas con las que estoy. Eso no está bien, soy el pequeño de la familia, el que más cuidado necesita, el miembro que más tiene que aprender. Buceo, buceo hasta que no me queda aire, no quiero sacar la cabeza. Me queman los pulmones, siento el sabor de la sangre en la garganta, me quema todo el pecho como cuando tomo mucha limonada. Al salir del agua, el jardín sigue igual. El panorama es el mismo. La casa rodeada por el paisaje que me vio nacer. La hierba quemada por el sol, por el calor, como cada año, idéntico a cada verano. Quemada también por la nieve en los meses de invierno. Un verde que siempre vuelve, que renace, y yo que me creo parte de

esto, veo, impotente, la llegada de una muerte sin experimentar ningún reverdecimiento. Los tractores en los mismos lugares, los caminos de tierra igual de estrechos. Los bosques de pinos igual de inmensos a pesar de las hectáreas taladas. Troncos de veinte metros apilados y disimulados bajo la frondosidad. Yo en la base de una forma geométrica llena de aristas. Y viviendo una sola estación: la del ruido y la luz. Seis meses en casa y seis meses fuera. Pero siempre ruido y luz. Siempre y sólo eso, en un caso protección y en el otro libertad. Libertad para vivir, protección para no morir. Sin poder cerrar los ojos ni taparme los oídos.

Ahora mi hermana está diciéndole a mi madre que sí, que por eso lo dice. El silencio no ha durado, es como si no hubiera existido, es como si no hubiera estado bajo el agua. No me escuchan, mamá. A mí nadie me escucha, grita mi hermana adolescente, y se gira hacia mí. Sois estúpidos, tú el que más. No sé de qué habla. Le pregunto que qué hay que escuchar y ella dice que todo, que hay que escuchar a los jóvenes, pero no concreta. ¿Qué quieres cambiar?, le pregunto. Paso de hablar contigo, ya sabes a qué me refiero, imbécil, es que eres tonto, niño. Esa es su manera de cambiar el mundo, esa es la manera más frecuente de cambiar el mundo: callarte porque no sabes lo que quieres decir y quejarte porque no te escuchan.

Salgo de casa sin camiseta, son las seis de la tarde. No quedan niños en el pueblo, ya volvieron a las ciudades, y si quedara alguno, no está en la calle a esta hora. A quién se le ocurre. El viento brilla por su ausencia, el ambiente es seco justo en mi cara, mi nariz y mi garganta. Es una fuerza extrema que llamaré, para que nos entendamos, agosto, y que absorbe cada pizca de agua del lugar. Parece imposible que allí alguna vez se pueda sentir frío. Parece impensable que ese cielo le conceda un espacio a una nube o a media, ni un segundo. ¿Qué quieren de mí? ¿Qué queréis de mí? ¿Cómo es posible que me pidan ser normal?

El verano anterior, mi padre me dejó en medio del pantano. Estábamos esquiando, yo estaba en el campo de boyas haciendo eslalon. Me caí una vez, en el giro a derechas, en la tercera boya. Me costaba más ese giro porque los de izquierdas los hacía perfectos, pero salía demasiado rápido y no frenaba a tiempo. Empezamos otra vez, mi padre enfiló hacia la zona de boyas perfectamente recto, a la velocidad precisa, unas veinticinco

millas por hora, lo podía medir con el oído, por el ruido del motor. Y otra vez en el quinto giro a derechas me caí. No imprimí suficiente peso con la punta del pie izquierdo para bajar la velocidad del esquí. Mi padre dio la vuelta y pasó a mi lado. No estás concentrado, Saturnino, no lo haces bien y me estás haciendo perder el tiempo. No puedo más, dame el esquí. Le alcancé el esquí y me quedé esperando a que llegara la cuerda, pero mi padre aceleró, levantó una ola en mi cara y siguió hacia la playa. Yo pensaba que era una broma, de mal gusto, pero una broma al fin y al cabo. Me quedé esperando. ¿Qué más podía hacer? Me quedé flotando sobre mi espalda gracias al chaleco, intentando no pensar. De la nada aparecieron ganas de comer, de beber agua, de llorar, entonces busqué con la mirada la lancha de mi padre. Estaba a punto de llegar a la playita. El hombre llegó y se bajó. No lograba ver mucho más, estaría a dos o tres kilómetros. Y no iba a volver. No era una broma, me consideré un imbécil por pensar que iría a volver. Pensé que si yo llegaba a la orilla más cercana, podría caminar bordeando el lago, que era un camino mucho más largo, pero más fácil. Nunca me había acercado a la otra ribera, estaba muy empinada y llena de arbustos y zarzales y piedras. No había un sendero. No pasaban ni animales. Yo iba descalzo, tardé una hora y media en llegar, fue un peregrinaje. Un peregrinaje de vuelta a mi padre. Inconcebible pero cierto. No tenía muchos más sitios a los que ir. No tenía ninguno.

Míralo, cariño, el hijo pródigo, le dijo mi padre a mamá cuando me vio aparecer. A mamá no le hizo gracia y se levantó a abrazarme torpe, como estuvo todo el verano. Más incomunicada que de costumbre. Escondiendo su falta de sueño y el paso de los años, que el sol brillante magnificaba, debajo de una pamela que le cubría hasta los hombros. Bebiendo a las horas en que no bebían los demás. Con las manos me puso a un lado y pegó mi cabeza a su cintura desnuda. ¿Por qué no has vuelto nadando?, preguntó mi padre. No dejas de sorprenderme, eres más tonto de lo que pensaba, y negó con la cabeza. En media hora hubieras llegado nadando. Pero no piensas, ese es tu problema, Saturnino, haces las cosas sin pensar. Hasta te podías haber divertido en el agua. Pero no, llegas hecho un Cristo, mírate las piernas. Y para colmo no aprendes nada. Durante esa hora y media pisando piedras, arrastrándome con el culo por las pendientes de la

montaña, estuve pensando en matarlo. Mientras me agarraba con lo que podía de lo que podía para no caer por el despeñadero, en mi cabeza lo cogía por el cuello, lo tiraba a la arena y le decía que se callara. Se acabó, cállate la puta boca, te mato, te juro que te mato. Mi madre vio eso en mis ojos, reconoció mis pensamientos y me detuvo con la mirada, porque sus ojos me hicieron sentir que ponerle las manos encima al viejo era exactamente lo mismo que ponérselas a ella.

Hoy los veranos me dan igual. Añoro un poco los que terminaba con Rafa, de vuelta en la capital. Cada noche dejábamos temas pendientes, los días se enganchaban entre ellos formando una cadena: nuestra vida. El sueño nos vencía sobre las tres de la mañana, cuando las cervezas se habían calentado por sostenerlas en las manos, pero todo lo que habíamos hablado quedaba suspendido. Sonaban los cuatro cuartos en el campanario y después tres campanadas más, tras las que Rafa se iba a casa. Yo llegaba un poco más tarde, cuando mis padres se habían dormido. Iba a la Plaza Mayor, toda roja, y me sentaba debajo del cedro del Atlas centenario. Los borrachos salían de un bar y entraban en otro. Se empujaban, les gritaban a las chicas. A esos bares iban mis padres. Escuchaban *rock* y jugaban al billar. Seguro que se drogaban. Mi padre seguro. Yo hacía tiempo porque mis padres estaban recuperando su apetito sexual y verlos follar fue lo más desagradable que me había pasado en los últimos años. Desaparece, niño, mañana verás, me dijo mi padre. Y al día siguiente vi lo que él quería que viera.

Justo antes de tener que volver al colegio, con el paso de cada día pensaba que estaba más cerca de entender la manera de adueñarme de lo que veía y escuchaba para hacer algo mío con el mundo. Cada día del final del verano, me acercaba un poco más a mi objetivo. Rafa y yo no queríamos cambiar el mundo, sino entrar en él de verdad, pasar de ser unos fragmentos de la sociedad a ser elementos completos. No queríamos ser residuos de nuestras familias, queríamos significar por nuestra cuenta. Hasta que un día los veranos fueron iguales que los otoños y los amigos dejaron de ser amigos y el mundo, ubicado en esa diana a la que debía disparar con precisión, se deshizo bajo la lluvia y el viento y la esquizofrenia. La cadena se rompió. Las pastillas le empezaron a dar mordiscos a mi cerebro en las partes inflamadas, en las partes que querían sentir como siempre, también en las

regiones pensantes. Hoy casi se lo han comido. En cinco años no tendré memoria. Mi mesita de noche es un dispensario de medicamentos psiquiátricos de todos los laboratorios multinacionales. Me encantaría tener las pastillas en botecitos de plástico con mi nombre, como pasa en otros países, pero he de contentarme con tenerlas así, como todo el mundo. Pierdo la cuenta de las pastillas que tomo. A veces me paso sin saberlo y sufro alucinaciones. Si tomas más de lo indicado, el efecto se convierte en los síntomas que te obligan a medicarte. Ahora me avergüenzo de cada día que he vivido. Mañana no habré querido ser el de hoy. Eso provoca que no me quiera despertar y que mi cuerpo se crea protagonista cada mañana, que me diga aquí estoy, ponme a hacer algo. Y que mi cabeza le diga, quédate tumbado, no te necesito ahora.

Se me olvida que puedo seguir haciendo cosas. Muero cada noche con la idea de que no hay más que hacer y es lo único que recuerdo al despertar. Las pastillas borran como el alcohol, todo, sin distinción, un fuego incontinente con viento de cola. Abro el ojo, me palpo la cabeza y es como de piedra, tiene el peso de una montaña y la vida de las rocas. Ahí han tallado lo siguiente: *La vida es como es*. Eso pone, lo palpo, lo leo con las manos, lo interpreto como que así es como me voy a sentir siempre. Las primeras horas del día me olvido de que sé leer, de que puedo escribir, de que sale el sol, de que el papa dice que estamos rodeados de amor, de bondad y de que el futuro de la humanidad está en manos del buen funcionamiento de las familias. Me olvido de que el pontífice pide, el cabrón pide, que agradezcamos y pongamos buena cara aunque comamos una vez cada cuarenta y ocho horas. Luego estoy bien, sufro una depresión por desconocimiento, porque mi cerebro no recuerda lo bueno sino lo malo. O no recuerda. Es una depresión de rasgos entrañables.

Yo, el imbécil detrás de estas palabras, me presento todas las mañanas sin saber qué hacer con las manos echadas a la cabeza de minerales muertos y lo único que soy capaz de comprender es que la vida es como es y no se puede cambiar. Soy una rémora de la civilización. En el nacimiento del mundo, me hubiera muerto por inútil, ya lo decía mi padre. Amanezco con la ciudad a toda marcha, con los jardineros podando, los oficinistas corriendo, los bebés pidiendo teta, los conductores haciendo de las suyas, los asesinos nerviosos, los miles de universitarios aferrándose a la

esperanza de prosperar en un mundo donde no se prospera. Un mismo día pierdes el trabajo, te roban y te deja tu pareja. Operan a un ser querido por una dolencia que nadie conocía y que es bien delicada. Se muere tu padre. Durante años tus pensamientos más íntimos dibujan panoramas que albergan aspiraciones reales, básicas, cómodas. Metes a Dios de por medio, a ver si te escucha. Tu mujer sufre un aborto a los siete meses de embarazo. Te arrodillas en cuanta iglesia encuentras. Y se muere tu madre, que estaba más fuerte que un roble. Centenares de muertos en una marcha pacífica. Rotativas que imprimen doscientas revistas del corazón capaces de embutirte la intrascendencia como necesidad. Titulares en los que todos los famosos apelan al trabajo duro y al cumplimiento de los sueños, van intercalando en sus páginas anuncios de ofertas excepcionales. Cada día hay una oferta de excepción. Para el hombre de parte del hombre con el lenguaje y las artimañas del hombre. El hombre que se parece más a un producto que a un animal. Y aparezco yo como un zombi en este concierto con millones de intérpretes haciendo su parte: buscando su salvación o por lo menos una alianza duradera con la vida. El siguiente sentimiento que aparece es el llanto. El llanto es un sentimiento en sí mismo, es un sentimiento enorme que transporta la alegría y la tristeza y la esperanza y el miedo, y paro porque son muchas las cosas que carga. Entonces no puedo decir por qué lloro, porque puede ser por muchas cosas. Lloro y eso es lo que cuenta. Y no me voy a curar.

18

He empezado a tomar Rivotril, una pastillita por la mañana y otra por la noche. Mi psiquiatra prefiere que no beba. Con esto quiero decir que he vuelto a beber. Ahora me pide que esté un mes sin probar un sorbo mientras las nuevas pastillas se meten dentro de mi sangre —que se espesará, aunque me digan que no—. No te vas a aturdir, ha aclarado la doctora. No le creo, mi sangre recorrerá lenta —por lo fornida y tonta que será— mis venas y arterias. Tras eso se pegará a mi cerebro. Esa gelatina de un color indefinido se echará a dormir holgazana y tímida dentro de mi cráneo. Y así tendré que vivir un mes, quizá dos o tres —porque los médicos siempre mienten— con un cerebro apocado y sordo. Para después pedirle que se ponga en forma, dando por descontado que sabrá hacerlo gracias a algún tipo de pasión. Durante ese mes, o dos, o tres, mi cerebro cementado no será importante en el desarrollo de mi vida. Serán otras muchas cosas, que están en las tripas más que en la cabeza, las que tiren de la correa que llevo en el cuello y me orienten hacia donde sea necesario que vaya. Mi vida en manos de otros, mi vida dentro de otras vidas. Deciden niños, amigos, deciden sin decirme, decide la familia, la sociedad impositiva. Y yo voy por detrás siguiendo pisadas tercas. Pero siento que cada vez es menos necesario que vaya a ningún sitio. Se las apañan sin mí. Puede pasar que el pegote de Rivotril no penetre el pegote de Zyprexa y que sea una pérdida de tiempo y de esperanzas. Las pastillas hacen lo que pueden y es insuficiente. Si llega a pasar esto que he escrito, las ideas que he tenido hasta hoy serán las que tenga en adelante. Las mismas que rebotan en un efecto sierra que recalienta tanta tontería. ¿Las consecuencias? Una personalidad plana, un hombre plano. ¿Y qué hay peor que eso? La muerte.

He buscado el momento especial, la situación inolvidable, la noche legendaria, y antes de encontrarlos, he salido corriendo hacia casa, a grandes zancadas por las calles de pueblos y

ciudades, atravesando barrios a la carrera, escapando de la demostración de que ese momento nunca ha existido. He llegado jadeando a casa, huyendo de las mentiras de la inmortalidad de esos recuerdos falseados por los cubatas y las ganas de follar. No he querido presenciar esa escena extraordinaria porque de darse, se convertirá en mi creencia, en mi fe. Empezaré a vivir a partir de un acontecimiento único, pero único en mi cabeza ansiosa, pordiosera, hambrienta de una excusa para exterminar estos años vividos con desconfianza. Esa secuencia irrepetible de la que huyo, si se piensa bien, es similar a la muerte, porque querré forzarla hasta acabar con ella, consumir sus propiedades, no dejar nada para nadie, una secuencia pública que privatizaré, y el resto de mi vida será finalmente un arrepentimiento completo, un llanto implicado. Si cambia algo será para empeorar las cosas. No me casaré con una mujer cirujana, seguiré mis pasos sin la mujer que hace política, sin la actriz, sin la profesora. Ni la camarera, ni la modelo, ni tampoco la ama de casa. Esta ofrenda del destino ha ocurrido mientras yo le daba la espalda. Mi regalo, mi momento, es una cómoda jaula que pasean por preciosos lugares, mi alpiste son las pastillas de la mañana y las pastillas de la noche. Tengo una vista panorámica de ensueño, el planeta entero es mío. Soy sus árboles, todos sus frutales y flores, sus lunas llenas, sus tormentas, las estrellas fugaces que caen al mar, soy sus mariposas y colibríes haciendo el trabajo minucioso de su especie. Y si los niños juegan a la guerra, cómo no voy a distraerme yo con la paz de ser una mascota que lame las manos de sus amos. Sigo buscando el libro que tenga todo. El libro que me diga ya está, ya puedes reposarte hasta el final. He estado muy cerca de encontrarlo y alguno me ha mentido, me ha prometido paz hasta que acabe, pero no. Por eso no termino los libros, porque los finales no cambian nada. Son pequeños puntos sin más palabras detrás. Queda lo que quiera pensar el lector, tu final lo firma otra persona. Ya nada va a cambiar, porque ya no son horas. Ya para qué. Los cambios vienen de fuera, los cambios no salen de las circunstancias que llevas pegadas a la piel desde que naciste. Hazle caso a Ortega y Gasset. ¿Se me escapa algo? Sí, los cambios son extranjeros, son refugiados, son expatriados, son un país por construir. Son cincuenta años tirados a la basura.

Me tomo mi dosis de Rivotril antes de lavarme los dientes. Bebo agua. Me meto en la cama e intento pensar en la pura nada.

Pero eso no existe. Si existiera ya hubiera ido hasta allí. Cierro los ojos y comienzan las paranoias, una sobredosis de sensaciones ajenas. Por eso no debía beber, porque me vuelve a perseguir la vida de un suicida que me dice que no tiene sentido nada de lo que hago. No puedo vivir lo bello, no mientras crea que dentro de mí transporto la extinción de la humanidad. No puedo, no puedo, soy incapaz de disfrutar. ¿De qué otra manera lo explico? No puedo disfrutar. Y entonces, ¿para qué vivir?

Me quiero suicidar, mi cabeza me dice que me tengo que suicidar. Esta mañana en la ducha se sucedían unos ruidos, *rumore*, *rumore*, *rumore*. Me quedaba esperando a que llegara alguien a matarme y para que eso no pasara, debía salir corriendo y saltar desde la terraza del tercer piso. Justo en la bañera, ya podría ser en otro lugar, con lo que me gusta el agua caliente. Pasa lo mismo en los puentes, ponen rejas para que la gente no se tire y así no se puede contemplar el río que discurre por debajo, no con un enrejado delante. Yo no veo ni los ríos, ni el mundo. Escapaba de una muerte para abrazar otra, como si tratara con distintas muertes. Mi cabeza quería acabar conmigo, quiere acabar conmigo en este preciso momento. Pero la persona que me quiere fuera, no me ha encontrado, ni yo a ella, no nos hemos visto la cara. Llevamos toda la vida el uno detrás del otro. Sueño con él y no le pongo cara porque tiene muchas, todas las que me gustaría tener y que deseo que pongan fin a mi vida. Pero no me he atrevido a dar el paso, no estoy seguro de que mi alma vaya a ocupar ese cuerpo que tiene como misión matarme. Me busco para matarme. Soy yo el que busca, no al que persiguen, incluso hoy, que es domingo y el mundo va vestido como si estuviera todo en orden. Chaquetas nuevas, zapatos recién sacados de sus cajas, pedicura en invierno, traje con pañuelo cosido al bolsillo. Vestuario de celebración, de nadie pasa hambre, de no veas qué bien me va en el trabajo, de tengo un millón de amigos leales y atentos, de no se me pasa por la cabeza hacerle daño a nadie, de créeme cuando te digo que soy feliz. Ay, los domingos soleados, ¿nos dedicamos un tiempo a nosotros, cariño? Demos gracias por lo que tenemos. Es el día del perdón, el día de convertirse en un santo. ¿Salimos a pasear y a comer? Parejas que se dicen: Vale, amor mío, olvidémonos de los problemas. Dame un hijo y verás en lo que me convierto, mi amor, estoy en el mejor momento de mi vida. Abracémonos. Qué bien, ¿verdad? Un día más juntos. Y

así, millones de personas salen a los parques, a las calles, a los restaurantes, fotos para el recuerdo —esta no, haz otra en la que salga el mentón más estilizado—, sonrisas al cielo, las iglesias llenas que les roban clientes a los bares. ¿Qué me dices de un helado? De dos bolas, por favor. Fútbol desde las seis de la mañana hasta la medianoche en boca de futbolistas—que nadie vio jugar— reconvertidos en periodistas analfabetos que contagian de fanfarronería al mundo. Los domingos escuchamos a muchas personas negar rotundamente estar involucradas en actos ilegales que las llevan a la cárcel tres días después. Me levanto por las mañanas con ganas de comerme el mundo, nunca pier-do el hambre, estoy para grandes cosas, como *leitmotiv*. Gastar en caprichos volátiles, en experiencias necias, para estar bien. La presentadora te manda besos a través de la pantalla para motivarte a votar, después la cámara le registra desde los tobillos hasta el moño, por delante y por detrás. ¿Qué relación tiene una cosa con la otra? Qué importa. Todo se perdona los domingos, en domingo somos buenos, el domingo es el día de puertas abiertas de los corazones, los domingos empiezan las desintoxicaciones, se deja el tabaco, y el pueblo se dice te quiero sin sonrojarse.

19

Mi habitación tiene capacidad para veinte personas. Diez literas de madera barata y dos luces alógenas en el techo. Ni un cuadro, ni una lámpara, ni una alfombra. Veinte colchones, veinte almohadas y veinte mantas de cuadros. Todo eso, que no es nada, me empuja hacia la puerta que está a un metro de la litera que he elegido para dormir. Todo eso, que no es absolutamente nada, me empuja a mi rincón. En realidad yo no he decidido dónde dormir. Yo no tomo decisiones. El vacío de la habitación me parece lleno, no sé de qué, pero saturado de una presión, como de un ejército de agobio. Me meto en la cama cansado, me pesa la cadera, mi espalda está entre bridas y por dentro tengo frío, un frío que no se puede calentar.

Al cerrar los ojos, meto las manos instintivamente debajo de la almohada y quedo mirando hacia la salida, la habitación se comprime y la pared tiembla, como en un terremoto. El colchón vive, se contorsiona, se infla y se desinfla. Eso siento, que todo se mueve. Mis ojos miran hacia el tablón de madera con picaporte, hacia el mundo. Espero que alguien llegue y me diga que se ha acabado el sueño. Respira, Saturnino, bonito, ya está. Necesito que me diga cuándo empezó y por qué. Yo pongo la oreja en dirección a la salida para que algo me despierte de estar despierto. Porque estoy viviendo algo que no es un sueño y que tampoco es la realidad. ¿Y qué cerebro quiere estar de esta manera? Un cerebro tonto como el mío, que parece interesado en estar presente en un desconcierto simplemente por poder estarlo. Me repito una y cien veces que incluso el mejor sueño puede acabar en pesadilla. Me pongo tres pastillas en la palma de la mano. La tengo sucia y las pastillas son muy blancas. No me gusta lo que veo. Las dejo encima de la cama y salgo a lavarme las manos. Lo hago rápido, mucho, tanto como para que parezca que no lo he hecho. Vuelvo a ponerme las tres pastillas blancas en la palma de la mano. Parece que sé lo que hago, con las manos

limpias sí. Mi padre no le da la mano a personas que las tengan sucias. Siempre mira las manos de las personas. Las mira y antes de que quien tenga que saludarlo adelante el brazo para hacerlo, él le da una palmada en el hombro y después con la otra mano cierra el saludo apoyando su mano en el otro hombro. Para finalizar, corre a lavarse las manos.

¿Quién quiere estar despierto así? ¿Esto es estar despierto? Necesito que abran la puerta, que entre alguien, ella, la cantante *country*, y que antes de matarme me diga que soy un artista de los pies a la cabeza. *Satur, you are a real artist, I can see that in your eyes*. Pero como no aparece nadie, dependo de mí y de las tres pastillas que me acabo de tragar. De mí, que no sé dónde está el norte, ¿las montañas están siempre al norte? Apagaré el día, pero no toda la memoria. Tres más tres más tres son nueve miligramos de Lormetazepam. Más veinte de Zyprexa, más seis de Alprazolam, no tengo ni idea. Voy a dormir, ojalá no despierte. Me da más miedo despertar que no hacerlo.

De niño me di muchos golpes en la cabeza. La primera vez no la recuerdo, pero recuerdo todas las veces que me lo ha contado mi madre. Fue un día al llegar del colegio. Mi madre me dejó un momento a mi suerte mientras saludaba a alguien y cuando volvió a buscarme, me vio en el suelo como dormido, boca arriba. Me zarandeó, dice, y me desperté. Después descubrió una herida en la parte trasera del cráneo. De algún modo tropecé y caí, o Dios me empujó. La primera vez que yo recuerdo, tendría cinco o seis años, el perro de un amigo de mi padre me atacó. Era un pastor alemán más grande que yo. Esa vez tardé más en despertar y, además de la consciencia, había perdido la memoria. Sabía que conocía a aquel grupo de personas que estaba a mi alrededor con cara de preocupación, aunque no supiera contestarles quiénes eran, ni dónde estaba. Al año siguiente me caí de un árbol porque alguien lo agitó desde abajo y empezaron a caerme orugas en la cabeza. Me partí el labio y otra vez me quedé dormidito unos minutos. Tal vez un par de años después, perdí el control de mi monopatín en esa larga e irregular cuesta de cemento que corre paralela a la calle de entrada al barrio. Al final de la recta había un monumento conmemorativo del padre fundador del pueblo, un busto de bronce agigantado. No me estampé contra él, no me dio tiempo a llegar, mucho antes metí la cara contra el suelo y arrastré las costillas y la clavícula. La siguiente, antes de la

adolescencia, fue de las más graves, recibí una patada en la cara jugando baloncesto. En realidad no habíamos empezado, pero había un par de balones dando botes por el campo. Cuando vi que uno bajaba del cielo fui a cabecearlo y otro amigo, con las piernas larguísimas, quiso chutarlo. Acabé unos días en observación en el hospital con la cara reventada. Empezaron a llamarme el Resucitado. A esas alturas ya tenía cicatrices en todas las partes prominentes de la cara: cejas, nariz, boca, y en los codos y las rodillas. La última pérdida de consciencia, sin la bebida como culpable, fue en un accidente de tráfico con Samuel y sus amigos. El auto salió de una rotonda pasado de revoluciones y no pudo continuar sin riesgos por la gran avenida de salida de la ciudad, saltamos la mediana y dos conductores que venían de frente esquivaron el impacto. Me desperté en el asiento trasero del deportivo, lejos del lugar del accidente. Me habían acostado y dejado dormir. Tenía varias heridas, que no llegaban a ser brechas en la frente y la cara, y unos cristales pegados a mi pecho, mitad dentro, mitad fuera. Lo siguiente que está en mi cabeza es una imagen de lo más asquerosa: mis amigos aplicándose cocaína en las heridas. Si a todas esas veces le sumamos unas varias centenas más en las que yo me puse a dormir inconsciente por abuso de alcohol y de drogas, entiendo que soy un sistema operativo averiado. Cada día intento reengancharme a una vida que ha desaparecido de mi memoria, una vida llena de cortes extensos y profundos que me han hecho vivir desmayado y a oscuras. La guerra de los mil días. La guerra de los veinte años. Sería extraño que no estuviera loco. Me he ido preparando para estar enfermo. Me mantiene alerta, cada vez menos, la idea de una muerte súbita, y me tranquiliza más la idea de que peor no puedo estar. No me voy a poner peor. Como no me quiero morir, lo que me deja intranquilo es que esa avería dicte mi muerte por mis propios medios, dándome el último golpe en la cabeza.

Jordi lo intentó, lo intentó para otros y ahora lo intenta por su cuenta, no sé hacia dónde va, pero bueno, nadie le rechista, y si eso es lo que buscaba, lo encontró. Vive solo, sin mujer conocida. Sale por las mañanas en el Defender, un motor fiel y aguerrido lo lleva a comprar pan, productos de la huerta y lo que se vaya necesitando para la despensa y el congelador. Habla con los vecinos del pueblo más cercano y pregunta si han aparecido

montañeros, nuevos senderistas o barranquistas. Busca, sin distraerse, gente que quiera pasar unos días en su pequeño valle, alguien a quien atender.

Trabajo había poco, la primera semana únicamente se instaló otra persona: Esteban, el *yuppie* de la capital. Un pirado de un gusto exquisito. Esteban tendría la misma edad que Jordi. Barcelonista fiel, apasionado de Michael Laudrup, de Eduardo Mendoza y de Jean-Claude Van Damme. Desayunaba dos naranjas —que pelaba y comía con cuchillo y tenedor— y una tostada de pan de payés con tomate y queso local. Después daba inicio a su caminata diaria. Las gafas negras le servían de diadema y prolongaban su melenita rubia hacia atrás. Quedaba su frente al descubierto. Sus ojos claros miraban abstraídos e incautos en todas direcciones. Si te veía, te guiñaba el ojo, pero se le cerraban los dos. Le gustaban las fotografías colgadas en el salón. Se ponía de pie delante de ellas y movía la cabeza para acercarse o alejarse de la pared. Eran fotografías sepia de los sesenta y los setenta del propio refugio, de nevadas majestuosas en las que los esquiadores se zambullían desde el tejado. Fotos de aludes terroríficos capaces de seccionar todoterrenos en dos y de arrastrarlos cientos de metros carretera abajo, hasta convertirlos en chatarra. Alpinistas, esquiadores con la piel requemada por el frío y el sol. Fotos que me hacían imaginar noches largas entre amigos que contaban historias alrededor del hogar con cigarrillos en las manos y porrones salpicando vino y cerveza sobre todos. Satur, me. Está Jordi en una foto saltando, me, por encima de un abeto, dice Esteban. Esa es la que más mira. Una foto reciente.

Los jóvenes, me, queréis, me, probar todo por, me, primera vez, pero, me, hay primeras, me, veces que son, me, una mierda como, me, la, me, copa de un, me, pino. No hay, me, por qué, experimentar todo. Hay primeras, me, veces, que serán, me, las últimas.

Mi vida en el monte era una vida sana. Trataba de poner la mente en blanco, ese blanco era claridad, el crujir de las escaleras hacia mi habitación se oía como un ruido necesario. El correr del agua por las tuberías antes de salir por el grifo, mi propia respiración, la separación de los sonidos. De poner la mente en blanco durante el día dependía mi sueño nocturno, debía olvidarme de preocuparme. Me ayudaba el Esertia por la mañana

y el Zyprexa por la noche, de veinte miligramos, como los campeones. A media tarde, picando entre horas, dos Alprazolam ponían orden. Desde entonces no he dejado de medicarme. Allí no me había pasado nada malo, ni tenía por qué pasarme.

Después de unos días empecé a pescar truchas con Esteban en *l'estany,* al que se llegaba por una ruta larga hacia la montaña. No sacábamos muchas. Así que nos tocaba bajar a los pueblos. Nos montábamos en su Saab 900 Turbo del año noventa y uno y enfilábamos la bajada escuchando sin excepción una cinta de Los Suaves por una cara y de Kaka Deluxe por la otra:

Si pudiera
desde aquel momento
volver a empezar
ilusiones
castillos de arena
en el fondo del mar
esperanzas
así que... ¿eso es todo?
se me pasó el tiempo
es ya tarde
tengo miedo de irme
a la sombra del cielo
me queda tan poco
y tanto que arreglar.
Si pudiera
desterrar de mí
la esperanza de verte
y olvidarme
de todo aquello
que no se puede cambiar
despedidas
si quieres un recuerdo
te regalo mi pena

y esta noche
duermo solo y quizás
te encuentre en mis sueños
que es donde sólo
te puedo encontrar.

¿Quién no quiso alguna vez algo que no pudo tener?, canturreaba Esteban sacando la cabeza por la ventanilla. Conducía con la mano izquierda porque la derecha permanecía sobre la palanca de cambios siempre, en reposo o accionando las marchas. Yo lo miraba y me preguntaba qué hubiera hecho con su vida, quería vivir su vida para saber de lo que era capaz. Quería arreglar su vida, porque con la mía no podía hacer nada, nunca pude. Y también por los privilegios, seguro que fueron distintos de los míos. Menos no quería tener y si tuviera más, es probable que hubiera muerto, a lo mejor querría suicidarme siendo Esteban.

Por el pueblo que más nos gustaba pasaba el río del Valle, fuente de gozo y de ingresos para todos los municipios y vaguadas que ocupan la *Conca* hasta la presa de la llanura, en el famoso pantano. Después de un salto del río descubrimos que los peces quedaban retenidos hasta que se restablecía la fuerte corriente provocada por el deshielo. Estaba tan lleno de truchas con motas rojas, que nos bastaba con poner un poco de miga de pan en los anzuelos. Casi se podían coger con las manos. Me gustaba estar en la naturaleza, quedarme quieto y mirar, pensar, estar quieto, muy quieto, sentado o echado en el verde, no me gustaba atravesar la naturaleza, partirla en dos con un vehículo o caminar horas para ver una pequeña parte, me gustaba ver la inmensidad, y eso sucedía si adoptaba la posición de un hombre mínimo que se siente una brizna de césped. Quería ser el paisaje. Y ya había llegado al punto donde se veía la inmensidad. Me metía en el agua hasta las rodillas, ejercía la fuerza contraria a la corriente con mis muslos y mis tobillos y dejaba de sentir las piernas. Había aventureros que descendían haciendo *rafting* y otros que hablaban de alguna garganta del infierno o barranco del diablo. Así llaman a todos los barrancos y gargantas alrededor del mundo. Por las tardes no había trabajo en el refugio, ya había pasado la escoba y la fregona, recogido la cocina y organizado las

dos habitaciones que de por sí se mantenían organizadas. Jordi no me necesitaba y le parecía bien estar allí solo. Fue una suerte que Esteban subiera al refugio. He madurado, me, una psicología del fracaso, me, Satur. Y no sé, me, cómo salir de ella. Yo soy un, me, espectador. Antes, me, no había cosa mejor, me, que sentirme productivo, me, y ahora, si hay algo, me, mejor es ser vago. Yo, Satur, no hago, me, nada. Bueno, aquí estás pescando, eso es hacer algo. Me, sí, claro, visto así, me, sí que hago cosas. Pero, me, ninguna se queda dentro de mí. Yo, como, me, los que estamos impedidos, me, mentalmente, hablamos mucho, pero hacemos poco. ¿Qué hacías antes? Hacía, me, cine, como Jordi. Escribía guiones, me, y dirigía. Creo que, me, conozco a Jordi de antes, me, de Barcelona. Aunque no, me, estoy seguro. ¿Quieres preguntarle, me, tú de mi parte? Un valle brillante me miraba de frente, debería haber nacido allí, en esa casa a la que sólo se llega a pie o a lomos de un animal. Ya habíamos sacado unas diez truchas de menos de un kilo, faltaba comprar jamón serrano para rellenarlas y subir al refugio. Los balcones del pueblo de punta en blanco con todas esas flores, rosas en su mayoría, pero también geranios y hortensias y crisantemos porque gustan mucho y prueban un cuidado específico por parte de los dueños. Un pueblo pirenaico, con su río, sus puentes colgantes, sus calles empedradas, casas de materiales nobles y una estrecha carretera comarcal que lo atraviesa. No faltan la iglesia románica ni campos con caballos, vacas pastando, ovejas de carne sabrosa que dan leche grasa, cascadas a medida que la vista se acerca a las cumbres. Un precioso hayedo que se suma a los numerosos reclamos turísticos del valle. Payeses acostumbrados al silencio que cuentan los días con un puro apagado en los labios para que los rovellones se pongan a punto. Habrán de estar alertas para que no se les adelante ninguna mafia que arrase con todos los ejemplares. Quería saber más de Esteban. ¿Por qué hablaba así? ¿Qué quieres que le pregunte? Me, pregúntale, si se acuerda, me, de mí. Lo único, me, que no me gusta, me, del verano es que no, me, puedo jugar, me, a La Quiniela.

20

Jordi está cortando leña, así como antes fue un animal de bar, ahora es un animal de trabajo. Una exhibición de fuerza y destreza con el hacha y la sierra. Es para verlo con ese pecho y sus brazos peludos. Después carga madera, sesenta, ochenta kilos en sacos de arpillera. Se araña los brazos con las astillas. Sube y baja las escaleras traseras del refugio. Lo miro trabajar, lo hace con impaciencia, como si ese fuera su último día de vida y necesitara cansarse para dormir en paz. Cuando me ve, me acerco a ayudarlo. Sí, no me vendría mal una mano y a ti no te vendría mal trabajar un poco. Adelante, empieza a subir leña y ojo con la espalda, nen. Me quito la camiseta y empiezo a llenar uno de los sacos vacíos. Trabajo por necesidad, por necesidad de fuego, en este caso, de calentar la comida. Si hago esto, tendré lo otro, dice mi cerebro. Trabajas porque es lo que tienes que hacer, diría Jordi. ¿Dónde has dejado a tu amigo?, me pregunta mientras llena otra saca. Creo que está en el porche. Hemos traído unas truchas para cenar. Mira qué bien, dice por cortesía. ¿Sabes qué le pasa a ese?, se pregunta a sí mismo. Ese no cree en nada, y esa es la excusa más usada para no dar palo al agua, le contesta al mundo. No sé cuánto voy a aguantarlo, no me deja dormir. Está *penjat*, ¿te parecen normales esos gritos? Es como si lo estuvieran matando, nen. Terminamos al tiempo, pero mi bolsa contiene la mitad de leña. Pues a mí me parece un encanto, le digo pensando en cómo abordar la misión que me ha encomendado Esteban. Ya, ya, como decía un amigo colombiano que conocí esquiando en Los Andes: Buena persona es cualquier hijueputa. Esa frase me corta un poco, me deja pensativo. ¿Ya te has cansado?, me dice echándose una saca enorme al hombro. Qué va, es que quería preguntarte algo. ¿Y no puedes hablar mientras trabajas? Claro que puedo. Pues eso, sigue cargando leña.

Cojo el saco con las dos manos y me lo pongo encima del hombro derecho. Siento que no lo he hecho jamás, que no lo

estoy haciendo yo, que mi cuerpo es una herramienta de Jordi. Mis pulmones se llenan cuando él quiere, mis pasos alcanzan la longitud que él determina. Y delante de mis ojos, la madera, el metal, el plástico, el cristal; láminas, leños, moldes, construyen objetos que se materializan cuando pongo los ojos en el espacio que ocupan. Llego al salón a descargar la madera al lado de la estufa y le pregunto que si conoce a Esteban. Así, de sopetón. No tengo buena memoria, nen, pero es posible que sí. ¿Por qué me lo preguntas? Porque él parece que te conoce muy bien, a ti y al tipo de la foto, el cineasta. ¿Y por qué no me lo pregunta él? Eso no lo sé, Jordi. ¿Pero entonces sí conoces a Esteban? Me suena su cara, pero eso es normal si es de Barcelona. Me gustaría saber qué te importa a ti todo esto, me dice volviendo hacia la cocina. Camino tras él, no sé qué más decirle, no suelta prenda. Miro a Esteban por la cristalera que da a la terraza, está leyendo *Sin noticias de Gurb* con las piernas apoyadas en la barandilla, siento amor y siento pena. ¿Ya te has cansado, nen? Abajo hay leña para aburrir, Jordi me saca de mis pensamientos. Salgo por las escaleras traseras y me pongo manos a la obra hasta que acabamos con toda la madera cortada sin volver a decir ni mu. Sigo hasta que Jordi decide desenchufarme.

¿Has, me, hablado con Jordi? Sí, le he preguntado y me ha dicho que por qué no vas a hablar tú con él. Me, no quiero hablar con él. Vamos, me, a pasear.

Subimos hacia una de las montañas, el pico más alto roza los tres mil metros. El sol es de justicia. Desde por la mañana las manchas negras en la córnea se han intensificado. Un centenar de ovejas pasta mientras un payés duerme. Hay unas crías de venado que se esconden y caballos que miran todo. Al fondo un señor montado en un burro baja con dos alforjas cargadas. Con él van dos niños a pie, una niña más atrás, de unos doce años, con un rifle, y un niño pequeño con un palo al lado del burro. Escuchan lo que les dice el señor.

Al verlo de cerca, me doy cuenta de que es un señor joven, con un pañuelo de seda al cuello, un señor de cuarenta años, delgado y con una barba rubia muy bien cuidada. *Bona tarda*, dice. Esteban contesta *bona tarda*. ¿Qué hace, me, usted en un, me, burro? *La meva feina*. Voy con los niños a cobrar préstamos que hice. Todo el mundo merece soñar y yo acerco esos sueños a

quien me lo pide, dice el señor. Los niños con pantalones cortos y chirucas nos miran, son flacos y altos. Disculpe la, me, intromisión, pero, me, ¿los rifles para qué son? El señor, muy educado, nos sonríe y mira a los niños y para ellos también hay una sonrisa. ¿No sabes, joven, que hay contrabandistas por aquí, además de osos pardos? No te puedo asegurar cuántos quedan en este valle, ni de los unos ni de los otros, aunque mejor prevenir que curar, dice sin dejar de sonreír. Lleva la mano derecha a la funda del arma que va atada a la silla y le da un par de golpes. Sin decir más, arrea al burro y prosigue bajando escoltado por los niños.

No es una escena larga la que viene a continuación, se oye un águila real chillar en el cielo. Me giro y la veo bajar en picado con las alas plegadas. Engancha a un cordero con las garras y se eleva con el animalito balando desesperado. Me entra miedo. Esteban se pone triste y me dice: Jordi hizo, me, eso conmigo, Jordi me quitó, me, la vida. Lo miro y su nuez se mueve alterada por la saliva que está tragando. Jordi me dio unas, me, pastillas que me dejaron, me, así. Como un, me, abejorro que, me, se acerca demasiado, me, a un ventilador. Me pone una mano en el muslo, se levanta las gafas de sol, me sonríe. Y, Pasolini, me, no decía eso que, me, te dijo Jordi, Pasolini, me, decía: *La mia indipendenza, che è la mia forza, implica la solitudine, che è la mia debolezza.* ¿No, me, hace falta que, me, te traduzca, verdad? No hace falta, no, y le pongo mi mano sobre la suya, premiando el hecho de que ha hablado bien, sin su especial tartamudeo. Hazme un, me, favor, Satur. Tócate el, me, huevo izquierdo. Una italiana, me, me lo dijo. Tenía el, me, pelo negrísimo, me, líneas de expresión, me, marcadas por, me, su pésimo estado, me, de salud y los, me, dientes perfectos. Me lo, me, dijo durante, me, su Erasmus. *Voi, gli uomini, la palla sinistra, e noi, le donne, la tetta sinistra*. La, me, superstición más bonita del mundo. Ambulancia, accidente, me, coche fúnebre, mano, me, al huevo izquierdo. Y yo, me, añado ahora, me, armas. Yo, me, lo hago para no, me, morirme. El rifle, me, del señor. Yo me toco el huevo izquierdo disimuladamente por encima del pantalón. Satur, me, sigue haciéndolo siempre. Me, no querrás que, me, te pase, algo malo, ¿no? No, Esteban, no quiero que me pase nada malo.

21

No llevo el cuchillo encima. Revuelvo dentro del petate una y otra vez. De rodillas entre dos vagones del tren que me transporta. ¿Importa hacia dónde voy? La navaja no está. Busco en la ropa. No la tengo. Ayer corté los embutidos de la cena con la Opinel de Jordi. Es lo último que recuerdo, que me guardé la navaja en el pantalón. Jordi decía que le da igual que las cosas no cambien. Lo único que me interesa es que me hagan caso, nen. Yo le miraba las grandes venas de los brazos, llenas de sangre. Todo él lleno de rabia. Despotricando de Esteban, que dormía entre gritos y alusiones literarias, repitiendo en voz alta un mal sueño que parecía infinito:

Compro cubertería y vajilla.
17.58
Compro ropa de casa, visillos.
18.20
Compro aspirador, horno microondas, plancha de vapor, tostadora, freidora, secador de cabello.
19.00
Compro detergente, suavizante, abrillantador, limpiacristales, escoba, bayeta, estropajo, gamuza.
19.30

Mañana lo saco de aquí a patadas, no puedo más. ¿Tú no dices nada? ¿Todo esto te parece normal? Le digo a Jordi que sí, que me parece normal. Antes de eso había machacado tres pastillas con el cuchillo y me las había metido por la nariz. Tres Lormetazepam de la caja blanca con la franja azul oscura. Limpié la mesa industrial con un trapo, me limpié el hocico con la mano, y el cuchillo con el vaquero. Me comí una rebanada de pan con chorizo y me bebí una lata de cerveza en tres tragos, pero como me dio mala espina, me bebí otra en cuatro tragos, tenía que ser

en número par. Entonces esnifé otra pastilla. Cuatro. Con la vida a secas no se puede, me había dicho Esteban antes de irse a dormir. Tienes que, me, ingeniártelas para no, me, ver lo que de, me, verdad hay. No quieres ver, me, la realidad, me, nadie quiere, Satur, y menos, me, la de los demás. Porque, me, sabes que la realidad, me, no existe, me, ¿verdad? Crea la tuya, es, me, lo mejor que, me, puedes hacer, y no vivir, me, en este mundo, me, gobernado por, me, personas que no hacen, me, cosas, sino que, me, dicen cómo, me, hacerlas. Después de la segunda cerveza, me bebí dos más, tenían que ser cuatro. No sé por qué lo hice. Me acaricié el testículo izquierdo, tenía un arma en la mano. Tenía miedo, miedo de mí. De mi instinto, que no es de supervivencia. De detestar lo que tenía y de no querer escuchar lo que me pedían que dijera.

¿Quién me puso la camisa y la dejó desabotonada como a mí me gusta? ¿Y quién me ha metido en el tren? En mi cabeza preside la atmósfera de una guerra. Cristales rotos. Personas a cuatro patas. Polvo, humo, palidez, muerte. Es mi realidad. La del que no ve blanco el blanco, la del que ve del gris para arriba en la escala de colores. El tren va a descarrilar en la siguiente curva, voy a ser el único superviviente, me van a poner un micrófono en la boca, no podré decir lo que ha pasado y diré que un buen poema, como un pueblo pequeño, sólo quiere dialogar con la comunidad. Y para no dejar mi testimonio a medias, también voy a decir, bien alto, que un mal poema es como una ciudad porque pretende hablarle al mundo entero y no le habla a nadie. Después de mi declaración a los medios me doy la vuelta satisfecho y al instante se reúnen familiares, amigos, conocidos, un poco de todo, que me piden que siga hablando. Yo ya he dicho lo que tenía que decir, por favor, ahora no tengo ganas de esto, no después del accidente, quedemos otro día. Pues entonces vamos a hablar nosotros, dicen. Y se ponen a hablar de mí. Cogen mi cuerpo y hacen una pelota con él para pasárselo. Se me van saliendo los órganos, y lo que no son órganos, los remordimientos, la ambición, la culpa, los vicios y la vergüenza, y se entreveran formando un algo negro y feo, opaco. Soy órganos apiñados, una bola que chorrea defectos. Ellos ríen, qué simpático es Satur, aunque yo estoy ya cansado de su descontrol, dice Rafa. Me lanza hacia la derecha. Debería informarse más antes de hablar, es un descarado, nos trata como a idiotas, dice una

compañera del colegio. Y no me gusta cómo me mira, termina. Eso se lo ha chivado alguien, lo sé. Otra me fija la mirada y no dice nada, tiene los dientes manchados por el tabaco y el café. ¿Quién es? Ya me acuerdo, estuve en el Jardín Botánico con ella, alemana o austriaca. Era, en todo caso, de un pueblo fronterizo. Y pechugona. Hace tiempo que no nos tocamos, dice finalmente. Eso se puede solucionar, le contesto. Pero ya no está, se ha esfumado. Otro hombre presume de ella y de sus tetas con cientos de huellas dactilares. Eligen juntos los vestidos para las fiestas de los amigos, estoy seguro. ¿No lee tanto? Que aprenda un poco, dice alguien que no reconozco. A mí Saturnino me cae muy bien, es mi amigo, pero no sé si yo soy el suyo, dice Oliver. Le hemos permitido demasiado, balbucea mi madre con dos Valium dentro de un vodka. Es muy lento. Nunca acaba a tiempo un examen, dice un profesor de la infancia. Nos tiene a todos tan engañados como a sí mismo, dice mi hermana, e intento tirarle del pelo. Vive por encima de sus posibilidades, dice alguien con voz atiplada escondido a las espaldas del resto. Termina mi psiquiatra gritando que pare de llamarla por teléfono para contarle mis penas, a su lado está mi padre aplaudiendo. Le digo que por qué me grita y contesta que necesito que me hablen así. Mi padre aplaude más fuerte todavía al lado de mi cara y restalla en mis oídos.

El tren ha superado dos curvas largas y no ha pasado nada. Creo que le di la mano para despedirme y que le corté en el brazo. Le corté el bíceps y le pinché en el estómago. Calla, calla, ya está, ya está, toma, toma. ¿O lo vi en una película? ¿Por qué no me clavé el cuchillo en el corazón después? Me lo puedo clavar ahora. Tengo el cuchillo en la mano, su hoja mide ocho dedos. Lo he tenido todo el rato mientras lo buscaba. Está limpio. Me, vamos. Me, el cielo. Ven conmigo, me. Los caballos, me. Vamos a abrazar, me, a los árboles, me. Los árboles, me, están calientes, me, están vivos. Yo, me, siento su energía. Tienen sangre, me, como nosotros. Me, Satur, me, hay una cosa, me, que debes saber: el único animal, me, que no sabe ser, me, de su, me, especie, es el hombre. Porque el, me, hombre es un niño, me, que se ha, me, ido enfermando a, me, sí mismo. Vamos a la montaña, me, Satur, vamos, no te vayas, me, a casa.

Diseño colección: Josep Bagà Associats

Imagen de portada: Image Source Plus / Alamy Stock Photo

© Jaime Arracó Montoliu, 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2019

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-958-42-8056-5

ISBN 10: 958-42-8055-4

Primera edición: septiembre de 2019

Impreso por: xxxxxxxxxxxxxx

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© Diego Silva

Jaime Arracó Montoliu

Nació en 1984 en Tremp, Lérida, y se crió en Madrid. Pasó su adolescencia en Italia. Reside en Bogotá desde hace más de una década. Ha colaborado con *El País* (España) y la revista *Arcadia* (Colombia). Tiene un amplio rango de publicaciones que van de la crítica literaria al relato corto. Es autor de la crónica literaria *Creencias de un reconquistador* (El Peregrino, 2011) y de la novela *Los años queman* (Rey Naranjo, 2016). *Una persona perfecta* es su segunda novela. En este momento trabaja como docente de literatura y editor independiente.

Sobre *Los años queman*

«*El guardián entre el centeno* de la lengua española. Un relato brillante, atractivo. Lleno de pasión y de vida. Una maravillosa revelación literaria».

Librería Nacional.

«Un escritor con un registro fresco, que, de adentrarse más

en sus temáticas, podría llegar a convertirse en una voz imperdible».

Revista *Arcadia*.

«Lo que hace lo hace muy bien. Y eso no es decir poco. Un protagonista muy bien esculpido en un contorno luminoso, bien pintado y atento a los detalles. Los personajes que como planetas giran alrededor de él: sus amigos excéntricos, sus amadas vaporosas, su familia ausente, su sociedad contradictoria y su ciudad vibrante. Todo es justo en su medida y bien pensado. Y todo se narra en un tono cómplice, que permite al lector identificarse emocionalmente con la historia».

Revista *El Parcero*.

«En momentos, la voz del narrador recuerda el cinismo y la apatía de personajes como Mersault, en *El extranjero*, de Camus, o Alex, en *La naranja mecánica,* de Burgess. Sin embargo, no se queda solamente en esa acidez y, a menudo, logra conmover».

Revista *Bacánika*.

Jaime Arracó Montoliu

Una persona perfecta

Saturnino Freixa sabe quiénes son sus padres y sus amigos. Sabe lo que ve, lo que recuerda y, sobre todo, lo que escucha. Pero no todas las voces son reales porque es esquizofrénico. Se lo acaban de decir, y ahora, a sus dieciocho años, intentará descubrir qué tiene por dentro, qué hay en su cabeza y en su alma. Intentará entender en qué consiste no solo su enfermedad, sino su vida entera.

Narrada en fragmentos, con el lenguaje de la locura misma, esta novela nos hunde en un viaje en el que descubrimos cómo todo nuestro ser se juega en la infancia más remota. El protagonista de *Una persona perfecta* vuelve a los recuerdos de un pasado doloroso que le trazó el camino aciago que deberá recorrer de ahí en adelante.

Una persona perfecta es lo que esta realidad le exige a muchos: no llores, sé práctico, no dudes, sé una estrella. Una hermosa historia sobre la familia, la mente, el amor, y sobre la rabia de no pertenecer al mundo normalizado.

Seix Barral Biblioteca Breve